

EL TRAFICANTE

glenn parrish

CIENCIA FICCION



EL TRAFICANTE

glenn parrish

CIENCIA FICCION


eb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

312.— Desde un mundo remoto - *Kelltom McIntire*.

313.— Robots prohibidos - *Glenn Parrish*.

314.— Proyección a otra galaxia - *Alf Regaldie*.

315.— Amenaza en la colonia espacial - *Marcus Sidereo*.

316.— No estamos solos - *Ray Lester*.

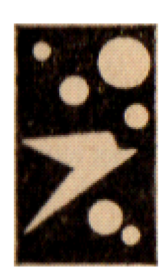
GLENN PARRISH

EL TRAFICANTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 317

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 30.900 - 1976

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: septiembre, 1976

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Armin York sonrió cortésmente al cliente que se acercaba a su mostrador, sujetando algo con las yemas del pulgar y el índice de la mano derecha.

—Quiero comprar —dijo el nativo, a la vez que dejaba lo que traía consigo encima del mostrador.

York contempló durante unos instantes el brillante sin tallar que refulgía sobre las tablas. Luego, sonriendo de nuevo, movió su mano izquierda.

—Elige a tu gusto, O'Oc —indicó.

Las estanterías del almacén estaban repletas de objetos a cuál más tentador. O’Oc, sin embargo, se llevó una simple sierra mecánica, movida por una diminuta batería, que le aseguraba el funcionamiento durante un par de años.

—Eso es poco, O'Oc —dijo York.

—Tengo suficiente. Gracias.

O'Oc se marchó. York se rascó la cabeza.

Nunca acabaría de comprender a los nativos de Dosk’Ol. Eran honrados hasta la exageración. O'Oc acababa de entregarle un diamante que pesaba lo menos una docena de quilates y a cambio, se llevaba una simple sierra mecánica cuyo valor máximo no pasaba de los cincuenta I. D. Por contraste, la gema valía cien veces más, considerado tal valor con un mínimo de optimismo.

Una joven entró a continuación. Era alta, esbelta, de tez suavemente

acanelada, como todas las doskolitas, cuya única vestimenta consistía en una cinta que sostenía dos minúsculos trozos de tela más abajo de la cintura. La nativa era portadora de una pepita de oro del tamaño de una nuez.

—Quiero comprar —pronunció la fórmula de ritual.

—Elige a tu gusto, Ee'Ea.

Ee'Ea dejó la pepita sobre el mostrador. Con la mano derecha señaló una pequeña máquina de coser, asimismo movida por batería, una caja con hilos y cintas y una pieza de tela multicolor.

—Vas a hacerte un vestido —adivinó York. Ee'Ea sonrió.

—Tengo una revista de modas de tu planeta. Hay un modelo que me gusta muchísimo —contestó.

—Perfectamente, pero lo que te llevas es poco...

—Es suficiente.

La nativa se marchó con la máquina de coser, la caja de cintas e hilos y la pieza de tela. York volvió a rascarse la cabeza.

Había estado en un par de planetas más, antes de establecerse en Dosk'Ol. En todos ellos, los nativos eran agudos, rapaces, codiciosos; hubieran querido llevarse el almacén entero a cambio de un par de gramos de oro. En Dosk'Ol, sin embargo, sucedía todo lo contrario.

No había moneda, aunque el oro y los diamantes servían para el intercambio por productos manufacturados en la Tierra. Pero aquel diamante y la pepita de oro hubieran podido proporcionar a sus dueños mercancías por valor veinte o treinta veces superior al de los objetos que se habían llevado.

«¿Por qué? », se preguntó York.

La respuesta era fácil, tan fácil como era la vida en Dosk'Ol. Se llevaban lo que necesitaban, porque no deseaban en modo alguno lo que les resultaba superfluo. O'Oc adelantaría mucho en el trabajo de construirse una nueva cabaña, con la sierra mecánica. Cuanto antes tuviese la cabaña, antes podría casarse.

En cuanto a Ee'Ea, había pagado lo que creía justo precio por un vestido que le gustaba. York tenía la seguridad de que Ee'Ea quería

«cazar» a algún pretendiente remiso. El vestido resultaría de unos efectos muy superiores a los de una escopeta… cosa que, por otro lado, no había en el almacén. La prohibición de vender armas de fuego a los doskolitas era absoluta. Ni siquiera un terrestre podía llevar una pequeña pistola para su defensa personal. Tal era la ley y todos la cumplían.

Anochecía ya. Desde la puerta de su almacén, York contempló el espectáculo de las lámparas que se encendían en las numerosas cabañas que componían el poblado de nativos. Muchas de las lámparas eran todavía de aceite. Otras eran eléctricas, con pilas que, como la de la sierra mecánica, duraban dos y más años.

El río no estaba lejos. Un mundo apacible, se dijo, donde el clima apenas si variaba a lo largo del año y se vivía en una eterna primavera. Parecía un paraíso terrenal… sólo qué, como todos los paraísos, tenía también su serpiente.

Al otro lado del valle estaba el almacén de la Galaxy. Era mucho mayor que el suyo y estaba más surtido.

Pero los nativos le preferían a él. En los últimos tiempos, ya no iban al local de su competidor, a menos que tuviese algo de lo que él carecía. York lo sabía y, conociendo a la gente de la Galaxy, presentía conflictos, que en nada podrían beneficiarle.

De pronto, vio subir a un hombre por la cuesta.

Era Lino Silani, uno de los ayudantes de la representante de la Galaxy en Dosk'Ol. Silani, dedujo, traía algún mensaje importante o, de lo contrario, habría bastado con una simple llamada por radio.

—¿Cómo está, señor York? —saludó el recién llegado.

York le miró recelosamente. Era un sujeto menudo, de rostro de murciélago y mente tortuosa. Por nada del mundo tendría empleado en su tienda a un tipo como Silani, aparte de que se bastaba a sí mismo para llevar adelante el negocio.

—Bien, Lino —contestó—. ¿En qué puedo servirle? El pulgar de Silani señaló a sus espaldas.

—Ella quiere hablarle —manifestó—. Le espera a cenar.

York rió suavemente.

—Eso más parece una orden que una invitación —respondió.

—Haga lo que quiera —dijo abruptamente Silani.

Giró sobre sus talones y se marchó, sin añadir una sola palabra.

Los ojos de York contemplaron especulativamente el gran edificio del otro lado del valle, pasado el río. Sí, allí estaba Vanessa Reid, la directora del almacén y representante de la poderosa *Galaxy Trade Corporation*. Vanessa era joven, pero ambiciosa, y por ello había aceptado el cargo, muy modesto, de dirigir el puesto comercial de Dosk'Ol. Pero había planetas muchos más prósperos y, si triunfaba, algún día podría ser la directora de una sucursal con decenas de puestos de tráfico, numerosos edificios y cientos de empleados a sus órdenes. Los puestos como el de Dosk'Ol se concedían a los principiantes, quienes debían probar, su valía... o resignarse a vegetar como meros ayudantes en puestos comerciales secundarios.

A Vanessa no le había gustado mucho su llegada, sucedida unos meses antes. York lo sabía muy bien, pero ella no había podido impedir que se estableciera. Las leyes doskolitas al respecto eran muy liberales y ella, como todos los terrestres, debía acatarlas o abandonar el planeta.

Una ligera neblina se elevó del río, como una nube dorada en la atmósfera del ocaso. York torció el gesto. Lo único que no le gustaba del clima era aquella niebla que surgía en la mayor parte de los días del año. Pero, por cortesía, no se atrevía siquiera a sugerir a los nativos que buscasen un mejor emplazamiento para el poblado. Lo habrían tomado como ofensa.

Y esto era algo que quería evitar a toda costa. En Dosk'Ol podía hacerse rico superlativamente y no debía desaprovechar la ocasión.

Al hacerse de noche, abandonó la tienda, sin molestarse en cerrarla. Los doskolitas no se llevarían del local ni siquiera por el valor de un fósforo usado. En cuanto a los terrestres, que no había otros que los empleados de la G.T.C., tampoco tocarían nada, puesto que sabían serían acusados del robo automáticamente. En este aspecto, Dosk'Ol resultaba maravilloso.

En el camino se encontró con un conocido.

—Te saludo, Eghin —dijo—. ¿Cómo está ella? Eghin meneó la cabeza pesarosamente.

—No muy bien —respondió—. Y lo peor de todo es que no quiere

seguir la tradición.

—¿Qué tradición?

—Su enfermedad sólo se puede curar con la flor que crece en los Montes Blancos. Melphys dice que son tonterías y que las medicinas de la Tierra son mucho más eficaces que cualquier brebaje hecho con un puñado de flores que, además, nadie ha conseguido encontrar hasta ahora. Pero el hecho es que esas medicinas no han conseguido nada y se ve a Melphys decaer de día en día. Morirá y perderemos la mejor reina que hemos tenido, créame.

York hizo una mueca.

—Eghin...

—Sí, dime, amigo mío.

—Yo... bien, sé que un extranjero no debe entrometerse en las vidas particulares de los doskolitas... y no soy ciertamente un médico, pero sí entiendo algo de medicina. ¿Por... por qué no me permites que examine a Melphys? Quizá yo pudiera ayudarla...

Eghin sonrió.

—Nuestras leyes no han prohibido jamás la ayuda sincera, venga de quien venga —contestó.

—Muy bien —dijo York—. Ahora vaya cenar con Vanessa. Cuando termine, te buscaré para que me acompañes a la residencia de Melphys.

Eghin se puso ambas manos en los hombros, con los codos pegados al cuerpo, y se inclinó ligeramente.

—Ya conoces mi casa —dijo.

York saludó de la misma manera. Luego continuó su camino.

«La flor que sólo crece en los Montes Blancos», pensó.

Una vez, hacía de ello algunas semanas, había hecho una excursión por los alrededores del poblado, alejándose unos cincuenta kilómetros. A lo lejos había entrevisto una formidable barrera montañosa, cuyas cimas aparecían cubiertas de nieve. La visión le había recordado cierta fotografía de las cordilleras terrestres, el Himalaya, los Andes, los Alpes..., pero no había llegado siquiera a las primeras estribaciones de

los Montes Blancos.

¿Acaso aquella flor tenía virtudes mágicas?, se preguntó, mientras ascendía la ladera del otro lado del río, que había cruzado por un puentecillo de troncos, construido por los propios nativos.

Cuando llegó al establecimiento de la G.T.C., Vanessa Reid le aguardaba ya en la puerta de su residencia particular.

Era una hermosa mujer, de unos veintiocho o treinta años, muy rubia y de ojos azules, claros y fríos. Poseía una figura opulenta en carnosidades, pero enormemente atractiva. Sin embargo, York sabía de su constante lucha con la báscula.

—Bienvenido a mi casa, Armin —saludó Vanessa, a la vez que le tendía la mano—. La mesa está puesta ya. Si te parece, hablaremos después de cenar.

—Estoy a tus órdenes —contestó él.

Vanessa rió de un modo peculiar.

—Eso no es lo que le has dicho a Lino —observó maliciosamente.

—Pero tampoco me he negado a venir. Vanessa se colgó de su brazo.

—Dejemos las disputas para después de la cena —dijo.

—Ah, ¿disputaremos?

—De ti depende, querido —respondió ella.

CAPÍTULO II

—Quiero comprar tu almacén, con todas sus existencias.

Vanessa habló de sopetón, con una copa en la mano, reclinada en su sillón y los ojos fijos en el invitado. York, por su parte, sostenía la copa con ambas manos, a fin de proporcionar un poco de calor al brandy.

—Me lo imaginaba —contestó.

—Y yo sospecho que tu respuesta va a ser negativa.

—Has acertado.

—¿Por qué no quieres vender, Armin?

—¿Quieres que te diga yo por qué vendes ahora menos que yo?

Vanessa dejó de sonreír.

—Sí, dímelo —aceptó, con ojos chispeantes—. Te llevas toda mi clientela, a pesar de que llevas sólo seis meses aquí, mientras que yo llevo establecida hace un año...

—Vendes artículos de inferior calidad y, en ocasiones, rechazas las propuestas de los nativos. Mis artículos son buenos y yo empleo el procedimiento lógico en un planeta como Dosk'Ol: confianza mutua.

—También yo he puesto mi confianza en los nativos —protestó Vanessa.

—Pero ellos no confían del todo en ti. Aparte de que les vendes cosas que, en ocasiones, se rompen a los dos días, no les dejas elegir a su gusto. Podría citarte un montón de ejemplos, pero no lo haré; eso es algo que sabes tan bien como yo. Además, y te lo digo a ti confidencialmente, te consideras superior a los doskolítas. Eso no les gusta tampoco.

—Son unos salvajes. ¿Voy a mostrarme inferior a ellos?

—No lo tolerarían. Les gusta que todos seamos iguales. Unos más listos, otros menos, pero hay cosas en las que no debe haber jamás superioridad. Ni tampoco inferioridad, Vanessa.

Ella se mordió los labios.

—De todos modos, volvamos a lo nuestro, Armin —dijo—. Estoy dispuesta a pagarte hasta doscientos cincuenta mil I.D. por tu almacén y las existencias actuales. En oro y diamantes, por supuesto y a las cotizaciones actuales de la Tierra.

—Doscientos cincuenta mil interdólares —musitó él—. No estaría mal, si no fuese porque se trata de un precio muy inferior a lo que vale todo lo que tengo, aparte de que es muy posible que acabe quedándome a vivir aquí para siempre.

Los ojos de Vanessa se abrieron desmesuradamente.

—¡Vivir aquí para siempre! ¡Qué horror! —exclamó—. Pero, ¿cómo se te ha podido ocurrir semejante estupidez, Armin?

York tomó un sorbo de brandy.

—Es un buen país, con un clima excelente y donde la gente es magnífica —respondió—. Soy joven, es cierto, pero ya estoy un poco cansado de rodar... como los buhoneros antiguos.

—Un buhonero —sonrió ella—. Sí, eso eres, sólo que ahora, en lugar de una carreta desvencijada, tirada por dos pencas, usas una astronave.

—Cuando se inventó el motor de explosión, los buhoneros cambiaron sus carretas por automóviles. Las goletas de los traficantes de los Mares del Sur fueron sustituidas por buques propulsados por dieseIs... y hasta por aviones. La profesión es la misma, pero no hemos acomodado al progreso.

—Eres todo un filósofo. Pero, en tu lugar, yo no rechazaría la oferta que acabo de hacerte.

York terminó su copa.

—Has dicho que disputaríamos después de la cena —recordó—. Pero la discusión se ha acabado ya.

Y se puso en pie.

De pronto, un hombre apareció en el umbral de la estancia.

—York, acepte el ofrecimiento —dijo Ted Miller.

Era un sujeto gigantesco, fornido, de cejas muy espesas y manos como jamones. York era también muy robusto, pero junto a Miller, parecía casi un enano.

Tranquilamente, volvió los ojos hacia Vanessa.

—Esto huele a amenaza —dijo.

Ella le miró fríamente.

—Es un consejo... muy amistoso —respondió—. Lo creas o no, te aprecio demasiado para querer que te ocurra algo malo.

—Te estoy muy agradecido a tus buenos sentimientos. Y a la cena también —fue la helada respuesta del invitado, quien, a continuación, avanzó hacia la puerta.

—York, nosotros pertenecemos a la Galaxy —dijo Miller.

—Sí, conozco de sobra esa compañía. Lo lastimoso es que los doskolitas no la conocieran también; de lo contrario, no les habrían permitido instalarse aquí. Adiós, buenas noches.

Era una amenaza muy clara, pensó, mientras regresaba a su alojamiento. La Galaxy quería ganancias y sus agentes se las proporcionaban, sin ningún escrúpulo. Dosk'Ol era un planeta donde se podían conseguir diamantes y oro con relativa facilidad, aunque los nativos no habían revelado jamás a ningún extranjero los lugares de donde extraían aquellos dos preciosos materiales, tan ambicionados en la Tierra.

Pero si no cedía, lo eliminarían. Ciertamente, Vanessa y sus acólitos se portarían con los nativos con relativa honradez, pero obtendrían unas ganancias fabulosas, ahora recortadas por la competencia que él les hacía con su puesto comercial.

Al llegar a su casa, recogió un maletín y salió a los pocos minutos. Buscó a Eghin y ambos se encaminaron a la residencia de Melphys, la joven que, en el lenguaje nativo, recibía el título de reina.

* * *

Melphys era una muchacha de poco más de veinte años, de pelo intensamente negro y pómulos que ahora parecían más salientes, debido a la demacración de sus facciones. La piel, ordinariamente de color canela claro, aparecía ahora de un blanco grisáceo nada atractivo.

Ella estaba tendida sobre una cama de cañas, encima de la que había una esterilla de fibra. Su cuerpo, que en circunstancias normales, debía de poseer una singular esbeltez, aparecía cubierto por una delgada manta de vivos colores.

Un par de mujeres la atendían. La estancia estaba iluminada por un par de lámparas eléctricas, suspendidas del techo de cañas y fibras.

Eghin entró junto al joven. El puesto de Eghin en aquella comunidad equivalía al de primer ministro.

Melphys sonrió al ver a York.

—Gracias por venir —dijo.

—No quise hacerla antes, por no parecer indiscreto —manifestó York —. Eghin me convenció para que te visitara. Quizá yo pueda hacer algo por ti, Melphys.

—Ni siquiera las medicinas terrestres sirven ya. Pronto moriré —dijo la joven con pasmosa serenidad.

De pronto, se puso a toser con violencia. York frunció el ceño.

—Permíteme —dijo, cuando la tos se hubo calmado. Había llevado consigo un fonendoscopio y auscultó a la enferma con todo cuidado. Tomó el pulso y la temperatura, en medio de un silencio absoluto. Eghin observó de pronto que York fruncía el ceño, en un gesto inequívoco de pesimismo.

—Melphys, ¿cuánto tiempo llevas enferma? —preguntó York de pronto.

—Oh, tres, cuatro meses…

—¿Cómo empezaste a notar los síntomas de la enfermedad?

—Bien, primero noté un gran decaimiento… luego escalofríos, a veces notaba mucho calor… Perdí el apetito…

York asintió.

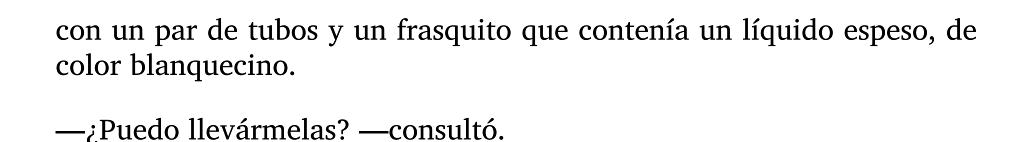
—En la Tierra estaba ya a punto de ser médico —sonrió—. Pero no me gustaba permanecer demasiado tiempo en un mismo sitio. Mi padre murió entonces y yo me quedé con su negocio.

—Traficante del espacio —sonrió Melphys.

—Sí, algo por el estilo —contestó él, mientras metía todas las cosas en el maletín—. ¿Qué medicinas has tomado, Melphys?

—Me las envió Vanessa —respondió la enferma—. Ella dijo que me curarían, aunque no he notado hasta ahora ninguna mejoría.

Una de las mujeres puso en las manos de York una pequeña bandeja



con un par de tubos y un frasquito que contenía un líquido espeso, de color blanquecino.

—¿Puedo llevármelas? —consultó.

—Sí, claro. Como digo, a mí no me hacen ningún efecto... y viajar hasta los Montes Blancos en busca de una flor que nadie ha visto jamás, es una tontería. Creo que no llegaría viva allí —dijo Melphys.

York olió el líquido medicinal. Luego, con la punta de la lengua sucesivamente, probó las tabletas contenidas en los tubos.

—Te diré algo dentro de un par de días —sonrió—.

Eghin, tú eres el primer consejero. Tienes alguna autoridad aquí.

—Modestamente, así es.

—Entonces, ordénale a tu reina que coma...

—¡Pero no tengo apetito! —protestó Melphys.

—Aunque la comida te dé náuseas, debes esforzarte por comer. Esto es lo primero que debes hacer.

—Si tú lo dices...

—Y dentro de dos días, repito, podré aconsejarte lo mejor para que te cures. —De pronto, York se volvió hacia Eghin—. ¿Se conocen casos como éste en vuestro pueblo?

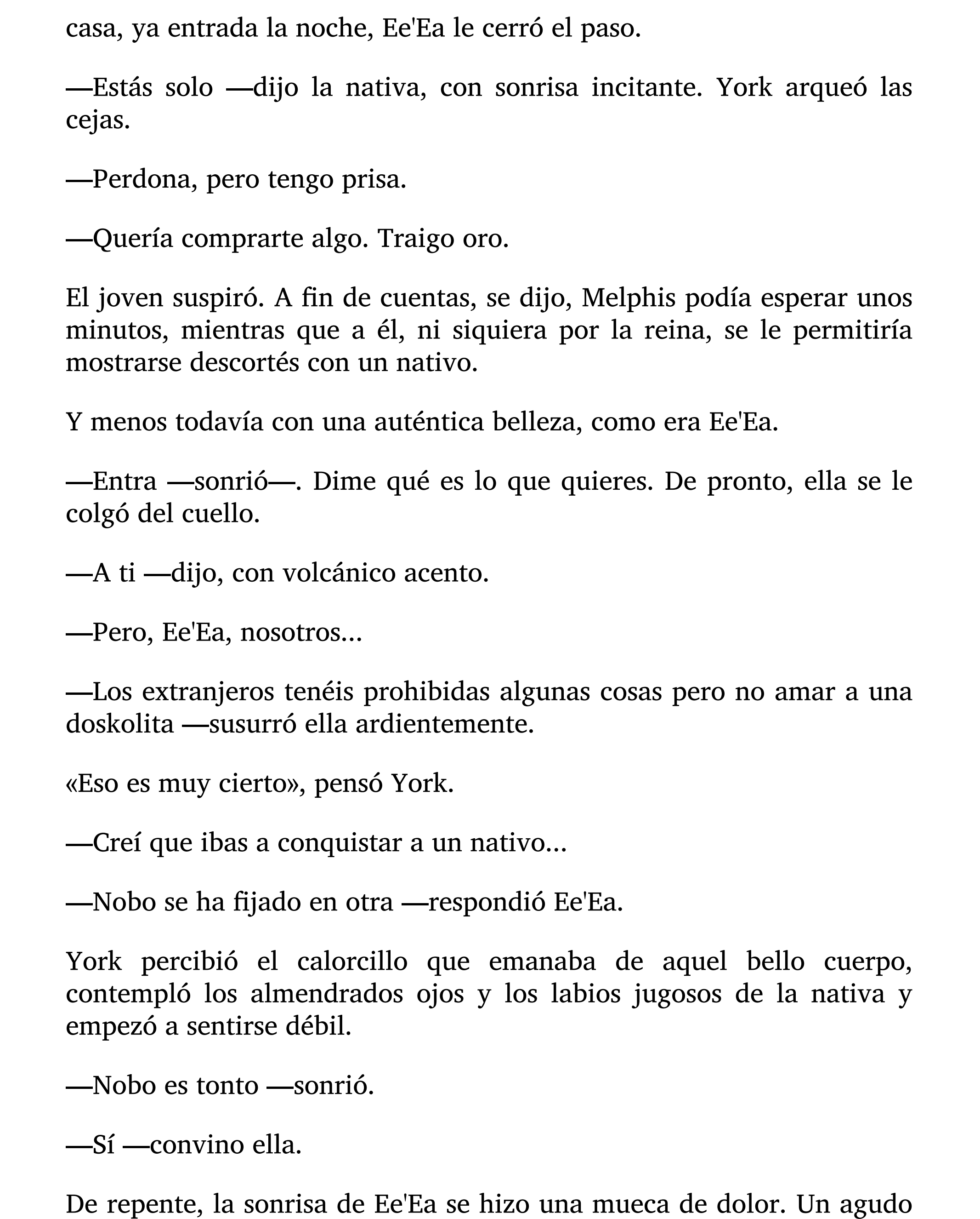
—Hace muchísimos años... pero fueron dos personas nada más y murieron en menos de seis meses. Mi padre, yo era entonces muy joven, dijo que habían podido curarse de haber ido a buscar la flor en los Montes Blancos.

—¡Tonterías, Eghin, leyendas arcaicas y sin fundamento! —exclamó Melphys—. Hay plantas medicinales, es cierto, pero ninguna que cure una enfermedad mortal como la mía.

—Quizá no sea mortal —sonrió el joven.

York emprendió el regreso a su alojamiento. Inmediatamente, se puso a trabajar, sin reparar en lo avanzado de la hora.

Dos días más tarde, había llegado a una conclusión. La enfermedad de Melphys era perfectamente curable. Cuando se disponía a salir de su



casa, ya entrada la noche, Ee'Ea le cerró el paso.

—Estás solo —dijo la nativa, con sonrisa incitante. York arqueó las cejas.

—Perdona, pero tengo prisa.

—Quería comprarte algo. Traigo oro.

El joven suspiró. A fin de cuentas, se dijo, Melphis podía esperar unos minutos, mientras que a él, ni siquiera por la reina, se le permitiría mostrarse descortés con un nativo.

Y menos todavía con una auténtica belleza, como era Ee'Ea.

—Entra —sonrió—. Dime qué es lo que quieres. De pronto, ella se le colgó del cuello.

—A ti —dijo, con volcánico acento.

—Pero, Ee'Ea, nosotros...

—Los extranjeros tenéis prohibidas algunas cosas pero no amar a una doskolita —susurró ella ardientemente.

«Eso es muy cierto», pensó York.

—Creí que ibas a conquistar a un nativo...

—Nobo se ha fijado en otra —respondió Ee'Ea.

York percibió el calorcillo que emanaba de aquel bello cuerpo, contempló los almendrados ojos y los labios jugosos de la nativa y empezó a sentirse débil.

—Nobo es tonto —sonrió.

—Sí —convino ella.

De repente, la sonrisa de Ee'Ea se hizo una mueca de dolor. Un agudo gemido escapó de sus labios. Sus piernas flaquearon.

—¿Qué te pasa? —gritó él. .

Un hilillo de sangre brotó de la boca de Ee'Ea. York intentó sostenerla por los sobacos. Entonces vio el mango del puñal que asomaba por el centro de su espalda.

Aterrado, la soltó. En el mismo instante, algo chocó contra su cabeza y perdió el conocimiento fulminantemente.

CAPÍTULO III

La puerta de la estancia en que York se hallaba encerrado se abrió bruscamente. Eghin, en el umbral, le dirigió una mirada llena de severidad.

—Nunca pensé que fueses capaz de hacer una cosa semejante a uno de los nuestros —dijo.

—Eghin, por favor, deja que te explique...

—Todo es inútil —atajó el primer consejero—. Vas a ser juzgado y la sentencia de los quince hombres justos será inapelable.

York suspiró resignadamente.

¿Cómo decir a Eghin que todo había sido una trampa perfectamente planeada? La muerte de Ee'Ea, el golpe en la cabeza... y lo que había seguido a continuación, demostraban cumplidamente que la Galaxy, por mediación de sus agentes, había sabido llevar a cabo las amenazas proferidas noches antes.

—Muy bien, vamos allá —dijo.

Dos nativos, armados con sendas lanzas, le custodiaban. York no tenía noticias de que aquellas lanzas hubiesen herido jamás a un ser humano, pero había visto cazar a los hombres de Dosk’Ol y conocía su habilidad con tales armas.

Eran unas lanzas muy livianas, poco más que venablos, pero los doskolitas, excelentemente entrenados, eran capaces de conseguir un blanco perfecto a cincuenta pasos de distancia.

Una vez había visto a un cazador ensartar a un conejo nativo, algo mayor que los terrestres y mucho más veloz. La rapidez del lepórido no le había servido para nada.

«Por tanto, ni soñar con escapar», pensó.

Minutos después, se hallaba en el centro del vasto anfiteatro, donde los doskolitas celebraban sus asambleas. Habría tal vez un par de millares de personas de ambos sexos y, en el centro, en una larga banqueta, se veía el grupo de los quince jueces, hombres y mujeres indistintamente.

York se sintió desanimado. Había llegado a hacerse popular entre los nativos. Ahora no podía ver una sola expresión de simpatía entre los espectadores Vanessa y sus acólitos asistían también al juicio.

Estaban en primera fila. Ella aparecía un tanto sería. York supuso que era más bien una expresión fingida que no un sentimiento real.

Miller, Silani y los otros cinco o seis empleados del puesto sonreían abiertamente. Todos sabían lo que iba a suceder.

En muchísimos años, tanto que casi no se tenía noticia de ello, no se había cometido ningún crimen en Dosk'Ol. Ahora había un extranjero detenido, acusado de dar muerte a un nativo. Naturalmente, el horrible delito sólo podía ser castigado con una clase de pena: la de muerte.

A la derecha del grupo de jueces, había seis nativos, todos ellos armados con sendas lanzas, de afilados hierros. Según la tradición, si el acusado era declarado culpable, sería ejecutado en aquel mismo lugar, sin apelación posible.

Eghin presentó al acusado:

—Armin York, de la Tierra, comerciante. Mató a Ee'Ea, hace dos noches, después de haberse embriagado él y haberla obligado a ella a beber licores terrestres El hecho de la embriaguez está sobradamente demostrado, no sólo por el execrable crimen cometido, sino por las destrucciones que el acusado, poseído por la locura del alcohol, causó en su propia casa y en los artículos que tenía a la venta en el puesto comercial. Esta es la acusación —concluyó.

El presidente del tribunal levantó una mano.

—El acusado puede defenderse —dijo.

York contempló durante unos instantes los rostros de los jueces, entre los que figuraba Nabo, el nativo de quien se había enamorado Ee'Ea, sin ser correspondida. Todos los jueces permanecían serios, absolutamente inexpresivos. Sin embargo, York creyó ver una ligerísima sonrisa en los labios de Nabo.

A la izquierda estaban los lanceros. Alguien daría una orden minutos después y las seis lanzas partirían veloces en busca de su corazón.

—No fui yo —dijo al cabo—. Alguien lanzó un cuchillo cuando Ee'Ea y yo estábamos abrazados. Luego me golpearon en la frente y derramaron mi licor particular sobre los dos. Siempre he sido honrado y justo en mis tratos. Adopté las costumbres doskolitas desde el primer momento. Como vosotros, no he mentido jamás. Ahora tampoco miento. Eso es todo.

—Por regla general, nosotros tampoco mentimos —dijo el presidente —. Pero, en ocasiones, aunque sean muy raras, siempre hay quien dice una mentira u oculta la verdad. Creemos que ése es tu caso, aunque lo vamos a poner a votación.

Eghin se adelantó, con un cuenco de boca estrecha en las manos, que alguien le había entregado al oír la decisión del presidente. Empezó por la izquierda, según la posición del acusado, recogiendo las bolas que cada uno de los jueces depositaba en el recipiente, sin que ninguno pudiera ver el color de la bola que, en realidad, era un guijarro.

Al terminar, Eghin depositó el cuenco frente al presidente. Este introdujo su bola y, a continuación, volcó el recipiente sobre el suelo, a sus pies.

York sintió un escalofrío. Había catorce piedras de color oscuro y sólo una blanca. La mayoría decidía.

Sobrevino una pausa de denso silencio.

—Acusado, vuélvete hacia tu izquierda —ordenó el presidente—. La votación te ha sido desfavorable y, por consiguiente, has sido condenado a muerte. La sentencia será ejecutada en el acto.

Los seis lanceros levantaron sus brazos, a la vez que echaban el pie derecho hacia atrás, a fin de afirmarse mejor para tomar impulso. Era un gesto simultáneo, tal vez debidamente ensayado.

La mano del presidente se levantó. Entonces, de forma totalmente inesperada, se oyó una voz de mujer:

—¡No, no quiero que se ejecute esa sentencia!

* * *

York había cerrado ya los ojos, sabiéndose a un par de segundos de distancia de la muerte, y los abrió, creo yendo soñar. Entre el gentío congregado en el anfiteatro se produjeron numerosos rumores.

Apoyada en dos de sus sirvientas, Melphys, palidísima, demacrada, con todo el aspecto de un cadáver viviente, avanzó hacia el tribunal. Melphys tenía el pelo suelto y, al contrario que la mayoría de las mujeres que presenciaban el juicio, vestía una túnica larga hasta los pies, cerrada de cuello y con las mangas anchas y. flotantes. Sólo el brillo de sus ojos denotaba, en ella una poderosa fuerza de voluntad, que la hacía mantenerse en pie.

Eghin adelantó un paso.

—Nadie, ni tú misma, puede anular una sentencia libremente pronunciada —dijo.

—Conozco bien las tradiciones de nuestro pueblo —respondió ella—. Es cierto, el tribunal ha considerado culpable al acusado. Sin embargo, la ley dice que el condenado puede salvarse si, a su vez, salva la vida de otra persona.

—¿A quién va a salvar? —preguntó Eghin.

—A mí.

Volvió el silencio. Con el rabillo del ojo, York apreció un gesto de cólera en el hermoso rostro de Vanessa Reid.

—Es cierto —dijo Eghin, pasados unos instantes. Eso dice la ley... pero también dice que si el condenado no salva esa vida, la sentencia debe ejecutarse sin más dilaciones.

Melphys se volvió hacia York.

—Tú me curarás —dijo.

—Lo intentaré —manifestó el acusado.

—Me pongo en tus manos, Armin. ¿Cuándo empiezas a tratarme?

—Vuelve a tu casa y tiéndete en la cama. Yo prepararé todo lo antes que pueda.

Melphys asintió.

—Eghin, haz que se cumpla la ley —dijo.

El primer consejero se puso las manos en los hombros y movió ligeramente la cabeza.

—Has apelado a nuestras viejas leyes y se te ha concedido lo que deseabas, pero no olvides que, como nuestra reina, debes ser la primera en cumplir esas leyes. Armin deberá salvarte o morirá.

York se volvió hacia Eghin.

—Supongo que el procedimiento no importa —dijo.

—Lo que importa es que salves la vida de Melphys.

—Lo conseguiré.

—Entonces, quedas libre, pero sólo hasta que tengamos la seguridad de que Melphys va a vivir.

—Gracias.

York echó a andar. Vanessa y su corte de esbirros se disponían a abandonar el anfiteatro. York se paró frente a ellos.

—Ha sido una buena jugada —dijo.

—No sé de qué hablas —contestó Vanessa fríamente.

—Eres tan mentirosa como guapa. Ted MilIer —se dirigió al gigante—, un día tendré el placer mayor del mundo, cuando te deje la cara tan plana como el suelo que pisamos.

MilIer sonrió cínicamente.

—No quiero quebrantar las costumbres doskolitas —dijo—. De lo contrario, te partiría el espinazo ahora mismo.

—Sobre eso, habría mucho que discutir. Pero lo peor de todo no es lo que me pueda pasar a mí, sino la muerte de Ee'Ea. Eso es algo que pagaréis un día u otro. Ella no tenía que morir para que la Galaxy se quedase sin competidores en Dosk’Ol.

York ya no quiso seguir hablando. Giró sobre sus talones y echó a andar en dirección a su alojamiento Tenía que prepararlo todo para

iniciar el proceso de curación de Melphys.

* * *

Dos días más tarde, cuando todavía no había amanecido, York se detuvo frente a la casa donde vivía Melphys. Llevaba en las manos unos bultos con ropa y subió los tres peldaños que separaban la veranda del suelo.

Frente a la casa había una carreta de dos ruedas, tirada por un par de burros nativos, algo mayores que los terrestres, fuertes y robustos, que York había adquirido mediante intercambio con artículos de su almacén. La carreta estaba cargada con todo lo necesario para dos personas en un largo viaje.

York llamó a la puerta. Una de las sirvientas de Melphys abrió a los pocos momentos.

—Despierta a tu ama —ordenó—. Dile que se ponga esta chaqueta y los pantalones. Pronto, antes de que se haga de día, hemos de estar muy lejos del poblado.

La mujer obedeció, asustada e intrigada a un tiempo Un cuarto de hora más tarde, Melphys se hizo visible, apoyada en el brazo de la sirvienta.

—Armin, ¿qué es lo que pretendes? —inquirió—. ¿Adónde vamos?

—A los Montes Blancos, en busca de la flor que ti, ha de curar.

—Eso es una leyenda absurda... Estimaría mucho mejor que me llevases a tu planeta, donde hay buenos médicos...

—Mi nave no regresará hasta dentro de tres meses.

Para entonces, ya sería demasiado tarde. Y los de la Galaxy tampoco tienen aquí su astronave.

Melphys miró penetrantemente al joven.

—Armin, ¿crees que me curaré en los Montes Blancos? —preguntó.

—Sí, sin el menor género de dudas, sobre todo, si obedeces

estrictamente mis indicaciones. Pero no perdamos más tiempo.

York adelantó un par de pasos y alzó en sus fuertes brazos a la joven.

—Pesas menos que una pluma —murmuró—. Si no consigo que ganes quince kilos, yo mismo me cortaré el cuello.

—¡Quince kilos! —se aterró Melphys.

—Estás en los cuarenta y tu peso mínimo debe ser cincuenta y cinco —rió él.

Momentos después, Melphys quedaba tendida en la carreta, sobre un montón de pieles y cubierta con una manta. En el poblado reinaba un silencio absoluto.

El carro se puso en movimiento. Cuando se hizo de día, los viajeros se encontraban ya a unos cinco kilómetros del poblado.

York sabía que ni Vanessa ni sus acólitos eran precisamente madrugadores. Aparte de eso, habían tenido muy poca relación con Melphys y apenas si habían estado un par de veces en su residencia. Cuando quisieran enterarse de su marcha, estarían ya muy lejos de ellos.

De pronto, York vio algo, que llamó considerablemente su atención.

En aquellos momentos, marchaban por el fondo de un valle que se angostaba notablemente. El río que pasaba por el poblado quedaba allí remansado a consecuencia de una presa artificial, conseguida mediante el simple expediente de la voladura de las laderas de ambas orillas, lo que originaba un extenso lago de aguas estancadas.

—¡Melphys! —llamó.

La joven se había dormido y despertó en el acto.

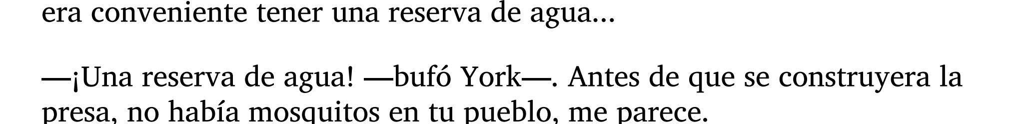
—¿Qué pasa, Armin?

—Dime, ¿conoces bien los alrededores de tu pueblo?

—Sí, bastante... Cuando estaba bien de salud, era una de las mejores cazadoras...

—¿Existía este lago antes de tu enfermedad?

—Por supuesto. Miller y sus amigos construyeron la presa. Decían que



era conveniente tener una reserva de agua…

—¡Una reserva de agua! —bufó York—. Antes de que se construyera la presa, no había mosquitos en tu pueblo, me parece.

—No, nunca los hubo —contestó ella, sorprendida.

—Aun ahora no hay muchos, pero dentro de un año no se podrá vivir allí.

—Armin, ¿qué estás diciendo?

—Lo siento, pero voy a destruir esa presa.

York se dirigió hacia la carreta y hurgó en su equipaje. A los pocos momentos, se alejó del vehículo con un extraño objeto en las manos.

Melphys, incorporada sobre un codo, le contemplaba con gran atención. York buscó un sitio alto y alargó el brazo.

Un rayo de luz intolerable brotó del objeto que tenía en la mano. La tierra y el agua se vaporizaron instantáneamente, con sordos silbidos.

Atónita, Melphys vio que desaparecía un buen trozo del coronamiento de la presa. El agua se precipitó ruidosamente por la brecha.

York esperó un poco, hasta que el nivel del lago hubo descendido un par de metros. Entonces, lanzó varias descargas más. La brecha se ensanchó notablemente.

Luego regresó junto a la carreta.

—Las aguas del río deben seguir el cauce trazado por la naturaleza durante milenios —dijo.

—¿Lo crees así?

York asintió.

—Así debe ser —respondió con voz firme.

Estaban en la margen izquierda del río y, a partir le aquel momento, se alejaron de él, adentrándose en la llanura. Al anochecer York, que había caminado a pie durante toda la jornada, detuvo a las bestias de tiro.

—Melphys, puedes andar durante diez minutos —dijo—. Yo prepararé

tu cama, para que duermas durante la noche.

—Me gustaría ayudarte…

—Estás enferma. Yo haré todo el trabajo —cortó él con firmeza.

Ayudó a Melphys a descender del carro y luego se ocupó de atender a las bestias. Preparó el campamento, encendió una hoguera y luego hizo la cena.

Melphys seguía tosiendo. York hizo un breve cálculo le la distancia recorrida. Confiaba en que el viaje no iba a tardar más de una semana. Entonces se dedicaría plenamente a curar a la joven.

Durante su larga vida de traficante del espacio había presenciado muchas cosas y había visto más de un asesinato, pero jamás había visto un plan de tanta sutileza para deshacerse de una persona.

Era un plan diabólico y hubiera tenido éxito de de haber sido por su presencia en Dosk'Ol. Pero, ¿qué daño podía causar Melphys a los conspiradores?

¿Por qué debía morir aquella encantadora joven? Un día, así lo esperaba, llegaría a saberlo.

CAPÍTULO IV

De pronto, York, sin saber por qué, despertó alarmado.

Tenía la sensación de que no estaban solos en el campamento. Sin moverse de su sitio, escuchó con la mayor atención.

Melphys dormía apaciblemente. Había tosido mucho durante largo rato, pero él le había dado un sedante, de las medicinas que llevaba consigo en el botiquín y la joven había conseguido al fin conciliar un sueño reparador, harto necesario para conseguir la mejoría en su nada boyante estado de salud.

A la madrugada hacía algo de frío. York apartó la manta a un lado y se arrastró lejos del campamento. Las estrellas brillaban en lo alto.

Una ramita crujió levemente no lejos de él. Alguien emitió una imprecación apenas audible.

York se aplastó contra el suelo, empuñando con mano firme una de las lanzas que formaban parte del equipaje de Melphys. Ella había insistido en llevarlas consigo.

Quería cazar cuando estuviese curada.

Pero también llevaba la pistola desintegrante, con la que había abierto la brecha en la presa. Sin embargo, no quería usarla a menos que resultase absolutamente necesaria.

De pronto, oyó una voz muy tenue:

—Ahí está el campamento.

—Vamos, dispara. ¿A qué diablos aguardas?

La lanza de York partió disparada con tremenda potencia y atravesó el cuello de un hombre. Se oyó un atroz gorgoteo.

El intruso cayó al suelo, debatiéndose frenéticamente, mientras trataba de desclavar la lanza de su cuello. Pero las fuerzas le fallaron de pronto y se quedó quieto.

El otro, aturdido, tardó algunos segundos en reaccionar. York se arrojó sobre él, derribándole de un tremendo puñetazo.

Melphys oyó el ruido de la lucha y despertó.

—¡Armin! —llamó.

York tardó algunos segundos en contestar. Su adversario era más fuerte de lo que había pensado y se resistía ferozmente. De pronto, York vio el brillo de un puñal en la mano derecha del otro.

Hubo un breve forcejeo. Luego se oyó un horrible alarido.

Volvió el silencio. Melphys vio erguirse una alta silueta.

—¿Armin? —dijo débilmente.

—Sí... Lo siento. Esos dos hombres nos atacaron. Tenía derecho a defenderme.

—Lógico. ¿Están...?

—Han muerto.

Melphys sintió un escalofrío.

—Es horrible… Nunca había pasado nada semejante en mi país…

—Vosotros no tenéis la culpa de que las gentes ambiciosas quieran más de lo que pueden conseguir aquí honestamente —respondió él.

—Pero aquí no tenemos grandes riquezas…

—Algunos no son de esa opinión —dijo.

—Tengo la sensación de que quieren suprimirme, Armin.

—Es muy cierto. Pero yo lo evitaré mientras tenga fuerzas, Melphys —añadió—, lo siento; hemos de reanudar el viaje inmediatamente.

—Lo que tú digas —contestó ella.

York se puso en acción sin pérdida de tiempo. Cuando se disponían a arrancar, todavía de noche, Melphys le hizo una pregunta:

—¿Dejas ahí los cadáveres?

—No tengo tiempo de enterrados Si salen en su busca, los encontrarán. Y si no lo hacen, verán que no vuelven y se enterarán de lo que ha pasado. Tanto en un caso como en otro, espero que esto les sirva de ejemplo.

* * *

Cinco días más tarde, York encontró el lugar deseado para establecer allí un campamento definitivo.

Hallábanse a unos seis o setecientos metros de altura sobre la planicie, en una ladera montañosa, con trozos llanos, abundante en rocas y farallones de gran elevación y también con gran cantidad de árboles, semejantes en un todo a las coníferas terrestres. York había visto asimismo mucha caza, lo que le dijo que la comida no les faltaría en ningún momento.

A pocos metros del lugar elegido corría un arroyo de aguas

espumeantes, saltando entre las peñas. Por encima de ellos, se elevaban las cumbres nevadas, de las que descendía en ocasiones un vientecillo fresco muy agradable.

—Estamos a finales del verano doskolita —dijo—. Pronto llegará el invierno, con las nieves, y habremos de estar prevenidos para entonces.

—La flor está mucho más arriba, en las cumbres —le recordó ella.

—Ya habrá tiempo de subir a buscarla —contestó.

Empezó a trabajar de inmediato. Melphys quedó tendida sobre las pieles, en un lugar sombreado. Ella quería ayudarle, pero York se negó rotundamente.

—Debes permanecer en reposo las veinticuatro horas del día —dijo.

—Engordaré…

—Falta te hace.

Durante un mes, York trabajó intensamente, sin tomarse más descansos que los absolutamente necesarios. Al cabo de las cuatro semanas, había construido ya una sólida cabaña de troncos, con dos habitaciones y una sólida amplia sala común, en la que había una rústica chimenea, cuya vista causó gran admiración en la enferma.

—Nosotros no usamos el fuego más que para guisar la comida —dijo.

—El invierno será duro aquí —adujo el joven. Melphys parecía haberse recuperado bastante, aunque la tos no se había ido por completo Sin embargo, York sabía que la curación definitiva tardaría aún varios meses.

Había llevado consigo una pequeña báscula de baño y vigilaba semanalmente el peso de la enferma. Melphys había ganado ya ocho kilos en aquellas semanas. La palidez había desaparecido de su rostro y ahora se advertían en su cuerpo unas curvas inequívocamente femeninas y que antes eran poco menos que inexistentes.

Una vez construida la vivienda, York se dedicó a la caza, a fin de acumular provisiones para el invierno. Alternaba las salidas dedicadas a la caza, con la corta de leña. En cuanto a los animales de tiro, los había dejado sueltos.

—Volveremos a pie. Cuando lleguen los fríos, no podré atenderles. Morirán de hambre —dijo, para justificar su actitud.

El estado de Melphys había mejorado considerablemente, aunque persistía la tos, si bien los accesos eran menos frecuentes. Disciplinada, acataba las órdenes del joven en cuanto se refería a su salud, si bien se enojaba a veces porque York no le permitía hacer el menor trabajo.

—Aguarda a la primavera —insistía él.

Primero vinieron las lluvias. York reforzó el techo de la vivienda, a fin de evitar goteras incómodas. Luego, casi de repente, se desencadenó la primera ventisca.

Entre los objetos que formaban parte del equipo que York había llevado consigo, figuraban algunos vidrios, que colocó en una ventana. Melphys pasaba horas enteras viendo el panorama nevado, al abrigo del calor que proporcionaba la chimenea, en la que nunca faltaban unos cuantos troncos ardiendo.

La joven se sentía encantada. Todo aquello era nuevo para ella.

—Nosotros, los doskolitas, no habíamos estado jamás en las montañas —dijo.

—El clima de la zona donde está vuestro poblado es bueno, aunque, a veces, demasiado inconveniente para la salud. Si yo tuviese alguna autoridad sobre los doskolitas, les haría buscar un sitio distinto para edificar a nueva ciudad.

—¿Lo crees así?

York asintió.

—Sin ningún género de dudas —contestó.

Los días transcurrieron lentamente. Al finalizar el invierno, Melphys tenía un aspecto completamente distinto al de seis meses antes.

La tos y los accesos febriles habían desaparecido por completo. Dormía ocho o diez horas de un tirón y tenía un apetito excelente. Cierto día, cuando ya se anunciaban los primeros síntomas del deshielo, York hizo que se pesara, con un mínimo de prendas sobre un cuerpo que ahora ya poseía la esbeltez de formas propia de una mujer en la plenitud de su edad.

—No está mal —sonrió el joven—. Cincuenta y nueve kilos.

—¿Es un buen peso? —preguntó ella.

York la contempló críticamente de pies a cabeza. Melphys era muy alta, al menos medía un metro y setenta y cinco centímetros, descalza.

—El correcto —contestó—. Pero no te consideres curada todavía.

—Oh —exclamó ella, decepcionada—. Yo creí…

—Pronto vendrá el buen tiempo. Harás algo de ejercicio y yo vigilaré tus reacciones. Cuando la primavera esté a punto de terminar, podré decirte definitivamente si estás o no curada.

—Ahora me siento una mujer completamente nueva, Armin.

—Sí, lo comprendo; pero hemos de evitar a toda costa una recaída, que podría resultar fatal.

—Lo que no entiendo es cómo has conseguido curarme, sin necesidad de subir a las cumbres en busca de la flor —dijo Melphys, extrañada.

York sonrió de un modo singular.

—Quizá vaya a buscarla algún día —contestó.

Las nieves empezaron a fundirse y se vieron las primeras florecillas en los prados. York salió de caza nuevamente. Cuando el tiempo mejoró un tanto, permitió que Melphys abandonase la cabaña y empezase a hacer suaves ejercicios físicos, sobre todo, pequeños paseos, a fin de conferir en primer lugar fortaleza a las piernas.

Seis semanas más tarde, hicieron su primera salida de caza juntos. Melphys falló un par de tiros, pero con siguió una buena presa.

—No me siento cansada en absoluto —dijo—. Recuerdo que cuando empezaste a tratarme, el menor esfuerzo me dejaba sin aliento.

—A pesar de todo, no te convienen aún ejercicios excesivos. Hemos de dejar pasar otro mes antes de iniciar el regreso al poblado.

—Pero no tenemos carro ni animales de tiro…

—Ya no lo necesitamos.

Pasado un mes, Melphys, al despertar, se encontró que el fuego estaba

apagado y la sala vacía. Ello la preocupó notablemente porque, de ordinario, cuando se levantaba, ya tenía el desayuno listo y a York aguardando la junto a la mesa.

Entonces vio un papel clavado a la puerta. Melphys leyó la nota que el joven había escrito. York decía que estaría tres o cuatro días ausente, pero que no se preocupase por él. «Sigue mis indicaciones respecto a tu convalecencia y no te alejes demasiado de la cabaña» concluía el mensaje.

La joven se preguntó adónde y por qué motivos se habría marchado York, pero puesto que confiaba e él, no se sintió alarmada. Después de aquellos largos meses de curación, la vida había vuelto de nuevo a su cuerpo y se sentía exultante de alegría y llena de vitalidad.

Tres días más tarde, Melphys oyó pasos en las inmediaciones de la cabaña. Sintiendo un extraño júbilo corrió a la puerta y abrió con la sonrisa en los labios Aquella sonrisa se congeló de pronto, cuando se di cuenta de que no era York el que volvía a la cabaña

* * *

Melphys reconoció inmediatamente a uno de los recién llegados. El otro era un terrestre, a quien no había visto nunca hasta aquel momento.

—¡Gussu! ¿Qué haces aquí? —preguntó. El nativo sonrió.

—El es Johnny Bearley —dijo, refiriéndose a su acompañante.

—Un buen rastreador donde los haya, señorita —sonrió el aludido.

—Y por eso hemos encontrado esta cabaña —añadió Gussu.

—Nos ha costado mucho —manifestó Bearley—. Pero lo hemos conseguido.

Melphys hizo un gran esfuerzo y consiguió hablar al fin.

—Bien, ahora deseo saber qué es lo que quieren de mí —exclamó.

—¿Dónde está York?

—Ha... ha salido de caza.

—Bueno, no importa —dijo Bearley sonriendo de una forma que puso escalofríos en la piel de la joven—. A fin de cuentas, él no es tan necesario como tú.

—Pero ¿queréis hablar de una vez? —pidió Melphys, más asustada a cada segundo que transcurría.

Bearley sacó, un extraño objeto de metal, doblado en ángulo. El lado más corto servía de empuñadura. El otro lado, más largo, terminaba en un tubo hueco de siniestro aspecto.

—Tienes que morir —sonrió perversamente—. Por eso he dicho antes que eres más necesaria.

Melphys retrocedió un paso.

—No, usted no puede hacer eso... ¡Gussu, tú eres de mi pueblo!

—He sido enviado para certificar que York no sólo no te ha curado, sino que ha permitido que murieses —contestó el nativo con voz inexpresiva.

En un instante, Melphys comprendió lo que sucedería después de que ella hubiese muerto.

La condena de York se ejecutaría de forma inapelable.

El negro ojo de la pistola se elevó hasta quedar frente a su pecho.

CAPÍTULO V

De pronto, se oyó un agudo silbido.

Algo voló por los aires y, hundiéndose en la espalda de Bearley, asomó la punta por el estómago. La mano del sujeto se elevó convulsivamente y la pistola envió una inofensiva descarga térmica a lo alto.

Melphys lanzó un agudo grito de alegría:

—¡Armin!

Gussu se volvió instantáneamente, mientras Bearley se desplomaba al suelo, moviendo brazos y piernas en convulsivas sacudidas. El nativo dudó un momento, pero, de repente, salió de estampida.

Corría velozmente. En pocos momentos, se perdió de vista. Melphys corrió hacia York.

—Oh, Armin, he pasado un miedo horrible... York rodeó sus hombros con un brazo.

—Ya no hay motivos para sentir temor. Por el momento —agregó pensativamente, mientras contemplaba el cuerpo ya inmóvil de Bearley.

Ella se secó las lágrimas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Esos hombres iban a matarte.

—Sí. Dijeron...

—Ya me lo contarás luego. Ahora, lo importante es salir de aquí.

Melphys le miró asombrada.

—¿Es hora de volver al poblado? —preguntó.

—Por el momento, no; es más, puede que tardemos meses enteros en regresar allí. Aunque estás fuerte y sana, conviene alargar el período de curación durante medio año, por lo menos.

—Pero yo me encuentro perfectamente...

—La enfermedad no ha sido dominada por completo, pese a las apariencias. Si no hubieran surgido complicaciones, sí, podríamos emprender el regreso dentro de tres o cuatro semanas. Tal como están las cosas, debemos marcharnos inmediatamente.

Ella se secó las lágrimas que brillaban todavía en sus hermosos ojos.

—Lo que tú digas, Armin —contestó.

—Vamos a llevarnos el mínimo de equipaje que podamos cargar sobre los hombros —dijo él—. Pero, por supuesto, antes borraremos

nuestras huellas.

—Ese hombre… —Melphys señaló al muerto—, dijo que era un buen rastreador…

—Sí, hay gentes que se dedican a este oficio. Y es probable que, cuando sepan que él ha muerto, contraten a otro. Pero ahora ya estamos prevenidos. En lo sucesivo, dudo mucho de que pueda encontrarnos otro rastreador.

York empezó a trabajar de inmediato. Lo primero que hizo fue quitar de las ropas del muerto hasta la menor partícula de metal: botones, hebillas y cualquier objeto similar, todo lo cual fue a parar al arroyo. A continuación preparó dos mochilas, una más grande y pesada, para él, y otra, mucho más liviana, para la joven.

La pistola térmica de BearIey fue a parar a su cinturón. Luego arrastró el cadáver hasta la cabaña.

La leña que había cortado quedó encima del cuerpo inerte. Acto seguido, York empuñó la pistola térmica. —Siento tener que hacerlo. Pensaba conservar la cabaña para volver aquí más adelante, pero no tengo otro remedio que obrar así.

La descarga térmica fue lanzada a la mínima potencia, pero resultó suficiente para pegar fuego al montón de leña acumulado en el centro de la estancia. Los troncos empezaron a arder de inmediato.

—Alguien puede volver un día con Gussu. No quiero que encuentren el menor rastro de Bearley.

Melphys asintió. Sí, era una excelente precaución, convino.

De pronto, cuando ya iban a iniciar la marcha, York se dio una palmada en la frente.

—¡Qué tonto soy! —exclamó—. Ya lo había olvidado…

Retrocedió unos pasos, se agachó y recogió algo que entregó a la joven. Melphys contempló arrobada el ramo de flores de vistosos colores que le era ofrecido.

—Son muy hermosas y no se parecen a ninguna de las que vemos en las inmediaciones —dijo—. ¿Donde las has cogido?

—Allá arriba —sonrió él—. Son las flores que curan tu enfermedad.

—¡Pero estoy ya curada! O casi, vamos… York le dirigió una enigmática mirada.

—Algún día te explicaré cuál es la realidad de las virtudes curativas de esas flores —dijo—. Anda, ya no podemos perder más tiempo.

Cada uno de los dos, aparte del equipo individual, llevaba una lanza, que servía también de báculo para ayudarse en la marcha. Al cabo de unos minutos, Melphys, asombrada por la dirección que seguían, se detuvo.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó.

La mano de York se alzó para señalar las cumbres nevadas. Melphys comprendió el gesto y se aterró.

—Moriremos en el camino… Nadie traspasó jamás esa barrera.

—Uno de los motivos de la felicidad es la falta de curiosidad —dijo York con suave ironía—. El exceso de curiosidad suele ser pernicioso en la mayoría de las ocasiones, pero un poco de curiosidad siempre resulta útil.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo…

—Vosotros, los doskolitas lleváis una existencia plácida y sin altibajos, porque la tierra y el clima os dan todo lo que necesitáis para vivir y no deseáis más. Pero si es un género de existencia deseable, también produce el efecto de haceros indefensos ante unos cuantos sujetos sin escrúpulos. Y eso es, precisamente, lo que quiero evitar para el futuro.

—Sigo sin entenderte, Armin.

—Ya me irás comprendiendo poco a poco. Las palabras no servirían ahora de nada, porque tengo que demostrarlas con hechos.

Melphys tuvo que contentarse con aquella respuesta.

Pero no se sentía demasiado tranquila, cuando pensaba en la formidable barrera montañosa que se alzaba ante ellos, con las cumbres nevadas a miles de metros de altura. Algunas de dichas cimas, había dicho York tiempo atrás, eran más altas que las terrestres y a partir de determinados niveles, el aire se tornaba irrespirable. ¿Cómo pensaba, pues, en atravesar sin riesgo aquel formidable obstáculo, que la naturaleza había levantado millones de años antes?

Dos días más tarde, tuvo la respuesta, cuando York se adentró sin vacilar por un angosto desfiladero, que serpenteaba entre colosales paredes de roca y hielo, tan altas, que parecían juntarse en el cielo.

Al iniciar la travesía, York se volvió hacia ella.

—Lo vi cuando iba a buscar las flores. Aunque no lo recorrí en toda su extensión, pude darme cuenta de que atraviesa la cordillera de parte a parte —explicó.

Melphys sonrió.

—Tienes que perdonarme, por haber dudado de ti —dijo.

—Era natural —contestó él simplemente.

El nivel del paso se mantenía de una manera casi constante. Cuatro días más tarde, empezaron a dejar atrás las montañas.

Entonces, de súbito, Melphys contempló el panorama más fascinante que había podido imaginarse en los días de su vida.

* * *

La llanura se extendía inmensa ante ellos, con suaves ondulaciones y colinas de escasa altura, cubierta de verdor hasta donde alcanzaba su vista. Abundaban los arroyos y los bosques, en ocasiones, cubrían enormes extensiones de terreno.

—¿Cómo es posible que no conociéramos esta tierra? —exclamó al cabo de un buen rato, arrobada por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

—Ya te lo dije, falta de curiosidad. Y no temas, aquí no nos encontrarán —contestó él.

—¿Seguro?

—Hemos pasado por lugares donde había nieve, que se fundirá dentro de muy poco. Eso borrará nuestras huellas.

—Pero encontrarán las cenizas de la cabaña.

—Y pensarán que hemos ido al este o al oeste, e lugar de dirigimos hacia las montañas.

—Ahora lo entiendo —sonrió ella—. Armin, ¿cuáles son tus planes?

—Hemos de establecernos en un punto algo más bajo, protegidos adecuadamente y donde haya caza y fruta en abundancia. Ahora, cuando encontremos el lugar donde hemos de establecer el campamento, descansarás dos semanas de una forma absoluta, sin moverte para nada. Después, iniciarás el último período de convalecencia.

—¿Durará mucho?

—Un año —respondió York con firme acento.

Melphys se estremeció.

—Demasiado tiempo, tal vez —objetó.

—Es preciso que tu curación sea absoluta. Puede que ya estés curada, pero si ahora volvieses con los tuyos, te encontrarías con graves problemas, que acaso provocarían una recaída. La convalecencia no sólo debe ser física, sino también psíquica.

—Tú quieres decir que debo vivir sin preocupaciones.

—Exactamente.

—Pero siento aprensiones por la suerte de los míos.

—Tu vuelta, ahora, no mejoraría nada ni resolvería ningún problema, aparte de que podrían intentar un nuevo ataque. Acaso, esta vez, no podríamos escapar. Es mejor dejarlos que se confíen y regresar cuando menos lo esperen... e incluso nos crean muertos.

—Armin, ¿no tenéis aparatos voladores que puedan ser utilizados para buscamos con rapidez? Según he leído en algunos libros que me dejaron...

—En mi nave había uno, es cierto, y en la de Vanessa, más grande, dos; pero las naves ya habrán despegado, después de haber vuelto a traer más mercancías, mientras nos hallábamos en la cabaña. Pasarán meses todavía, antes de que debamos preocuparnos por ese detalle.

—Veo que debo seguir confiando en ti —sonrió ella.

—Lo hago por egoísmo, no creas. Salvando tu vida, la mía también está segura.

Melphys le miró, repentinamente seria.

—Nunca creí que dieses muerte a Ee'Ea —dijo.

—Ese asesinato es el resultado de una amenaza que me hicieron y de la que yo no hice caso. Nunca pensé que pudieran tenderme una trampa tan abyecta… pero algún día, los asesinos, responderán de su crimen —contestó él, a la vez que reanudaba la marcha.

* * *

Establecieron el campamento unos cientos de metros más abajo y a varios kilómetros de la cordillera. Melphys se dedicó al reposo, mientras York iniciaba los trabajos sin pérdida de tiempo.

Tres meses más tarde, Melphys, corriendo como una gacela, arrojó su lanza y ensartó un hermoso conejo, de diez kilos de peso. York contempló la escena, llena de satisfacción.

Melphys había adquirido ahora un aspecto lleno de salud y vitalidad. Su cuerpo había recobrado las formas de diosa y en sus ojos había un brillo especial. La joven tenía un aspecto diametralmente distinto al que ofrecía cuando York la visitó por primera vez.

—Creo que ya estoy curada —dijo.

—Puede decirse que sí, pero conviene que pasemos aquí el año completo —insistió él.

—¿Lo crees así?

—Eres joven, Melphys. Yo he hablado con gente de tu pueblo y he conocido a personas que habían nacido casi doscientos años atrás. Tienes ahora veinte…

—Veintidós —puntualizó ella.

—Entonces, no te puede importar nada esperar uno más. Hazme caso, te lo ruego.

Ella le dirigió una mirada singular.

—He de obedecer las órdenes de mi doctor —dijo. Armin suspiró.

—Estuve a punto de conseguir el título —manifestó—. Pero no era un género de vida que me atrajese.

—¿Te gustaba más traficar por el espacio?

—Sí, aunque muchas veces pensé en establecerme en un lugar tranquilo.

—¿Lo has encontrado?

—Alguien turbó esa tranquilidad. Yo quiero devolverla de nuevo. Entonces, me quedaré en Dosk'Ol... si los nativos me lo permiten.

Melphys le tendió una mano.

—Por herencia, ostento el cargo de lo que vosotros llamáis reina en vuestro lenguaje. Por tanto, y puesto que la ley me lo permite, podrás quedarte en nuestro planeta el tiempo que desees... toda la vida, si ése es tu gusto.

York fijó la vista en el hermoso rostro de la muchacha. Vio su pecho, de firmes curvas, que palpitaba suavemente, penetró en lo más hondo de sus pupilas y asintió con un leve gesto.

—Sí, creo que me quedaré —repuso.

CAPÍTULO VI

De repente, cuando ya las hojas de algunas especies de árboles empezaban a amarillear, York, que se hallaba cortando leña para el próximo invierno, oyó el ruido más extraño que habría soñado en escuchar en aquellos parajes.

Era el disparo de un arma de fuego. Alguien gritó alegremente a continuación:

—¡Buen blanco!

York soltó el hacha inmediatamente y corrió hacia la cabaña. Melphys salía en aquel momento.

—¿Qué es eso? —preguntó, alarmada.

Sonaron dos estampidos más. Luego se oyeron voces excitadas.

—Ocúltate, Melphys —ordenó él.

York buscó la pistola térmica y comprobó la carga.

Guardó el arma bajo la camisa y avanzó unos pasos.

De pronto, cuatro individuos asomaron por la espesura cercana. Caminaban despreocupadamente, con las escopetas al hombro, comentando los incidentes de la cacería. Al descubrir la cabaña en el claro, se detuvieron en seco.

—Eh, mirad eso —dijo uno.

—Vaya, parece una choza de las que se ven en los libros antiguos —añadió otro.

—La cabaña de unos náufragos —dijo un tercero.

— Y hay alguien viviendo aquí —exclamó el cuarto.

York avanzó unos pasos.

—Hola, amigos —saludó.

Los cazadores le miraron con curiosidad.

—Hola —dijo uno—. Yo soy Mike Michels. Estos son Pete Crowdy, Hallis Warren y Tex Rainer.

—Mi nombre es York, Armin York —manifestó el joven—. Perdonen la observación, pero quizá no sepan que en Dosk'Ol están prohibidas las armas de fuego.

Michels cambió una mirada burlona con sus acompañantes.

—No nos lo dijeron —contestó.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —preguntó York.

—¿Es usted el dueño de estas tierras? —quiso saber Warren.

—Al menos, del suelo que estoy pisando.

—Bien, en tal caso, déjenos seguir cazando y no se preocupe de las leyes.

—No puedo prohibirles que cacen. Lo único que he hecho ha sido recordarles la ley doskolita.

—Esa ley no nos importa en absoluto —rió Michels—. Usted no tiene autoridad para prohibir…

—Yo no he dicho que tenga autoridad. Simplemente les digo lo que sucede. El resto es cosa suya —contestó York, mientras procuraba mantener la serenidad.

—Este tipo nos está provocando —rezongó Crowdy—. A mí no me gusta.

York retrocedió un paso.

—No tengo ganas de jaleo. Váyanse —dijo.

—Usted no puede prohibimos que estemos aquí —se burló Rainer.

En aquel instante, York adquirió la convicción de que se hallaba ante un grupo de asesinos, contratados para eliminarles.

Dio otro paso hacia atrás. De pronto, Crowdy escupió a un lado.

—Bueno, acabemos la tarea —dijo con indiferencia. Y levantó la escopeta, pero, en el mismo instante, un relámpago plateado surcó los aires y un largo y delgado palo surgió en su pecho.

Se oyó un aterrador alarido. Rainer saltó a un lado, a la vez que apretaba los dos cañones de su escopeta. Entonces, un relámpago deslumbrador brilló en la mano derecha de York. Rainer ardió instantáneamente, como un saco de papeles empapados en gasolina.

Los otros dos tiraron las escopetas y alzaron las manos en el acto, aterrados por una reacción que, sin duda, no habían esperado.

—No sigan —dijo Michels, desmayadamente—. Nos rendimos.

Melphys se hizo visible, con otro venablo en la mano.

—No eran cazadores, Armin —dijo.

—Salta a la vista —contestó el joven—. Michels, Warren, den media vuelta y pongan las manos en la nuca.

Los dos sujetos obedecieron en el acto. A continuación, York entregó la pistola a la joven.

—Dispara al menor movimiento sospechoso —ordenó.

—Descuida, Armin.

York registró a los dos sujetos. Michels llevaba en uno de los bolsillos un apretado fajo de billetes de alta denominación.

—Me parece que no se necesita tanto dinero para ir de cacería —dijo irónicamente.

Michels apretó los labios.

—Si lo que espera es información, pierde el tiempo —dijo—. No hablaremos.

—No me interesa, demasiado sé quién les envía. Pero lo que sí dirán, o irán a hacer compañía a los otros, es dónde está la nave que les ha traído hasta aquí.

—¿Para qué? —preguntó Warren—. ¿Piensa destruirla?

—Uh, no, todo lo contrario. Sólo quiero acompañarles para comprobar que despegan.

—Ah, bueno, la nave está a cosa de dos kilómetros, oculta en un barranco.

—Gracias, amigo —sonrió York—. Empiecen a caminar y recuerden, no quiten las manos de la nuca.

—Maldito idiota —dijo Michels—. ¿Por qué has tenido que hablar?

—Hombre, si dice que nos deja ir libres…

—Todavía no es seguro, estúpido.

—Sí, se van a ir libres —confirmó el joven—. Melphys, ven con nosotros.

Media hora más tarde, encontraron la nave.

—Estoy seguro de que nos localizaron, desde el aire —dijo York—. Entonces, aterrizaron aquí y empezaron la comedia de la cacería.

—Pero era de día; nosotros deberíamos haberles visto —alegó ella.

—Seguramente, usaron visión de infrarrojos durante la noche. Pero al estar fuera de la nave, tenían que contar con buena luz. Debían asegurarse de que se ganaban la prima acordada.

—Asesinos por dinero —exclamó Melphys con repugnancia.

—Es una especie que no se extingue jamás. Siempre hay tipos capaces de matar a otros por unos puñados de billetes. Melphys, vigílalos atentamente; voy a revisar al nave. Si ves que alguno se mueve lo más mínimo, abrásalo sin piedad.

—Ve tranquilo, Armin.

York penetró en la nave, en la que estuvo cosa de un cuarto de hora. Luego salió y movió el brazo.

—Largo —ordenó.

Michels le miró con asombro.

—No comprendo —dijo—. ¿Por qué nos deja marchar?

—Se lo explicaré rápidamente. Dentro de un minuto, la nave alzará el vuelo. La computadora de rumbos está programada para una órbita de regreso a la Tierra, pero no pueden tocarla, porque he bloqueado los mandos de tal forma, que si intentan variar esa órbita, la nave podría tomar un rumbo errático y perderse en el cosmos. Segundo, todos los aparatos de transmisión y sus repuestos han sido inutilizados, de modo que ni siquiera podrán tomar contacto con los representantes de la Galaxy en Dosk'Ol. Tercero, tienen víveres de sobra, de modo que... adentro o tendré que dedicarme hoy a cavar una tumba para cuatro, en lugar de una para dos.

Michels y Warren se miraron, consternados. Antes de que pudieran decir nada, York recuperó la pistola y les apuntó con el arma.

—La escotilla es de cierre automático —dijo—. Y faltan veintinueve segundos...

Los dos sujetos se precipitaron de cabeza en el interior de la nave, que elevó el vuelo momentos más tarde. York y Melphys quedaron solos.



Hubo un largo espacio de silencio. Al fin, Melphys se volvió hacia el terrestre:

—Armin, ¿es cierto lo que has dicho? —preguntó.

—Rigurosamente cierto. Esa nave es del mismo tipo que la mía, sólo que más pequeña, puesto que no está destinada al transporte de mercaderías. Por tanto...

—Pero cuando ellos vuelvan a la Tierra, pueden denunciarte por la muerte de sus dos compañeros. .

—El hecho se ha producido aquí y la Tierra no tiene jurisdicción en Dosk'Ol. Además —sonrió York—, su máxima autoridad, me parece, también ha tomado parte en la refriega.

—Cuando vi que esos tipos querían matarte... —se estremeció ella.

York meneó la cabeza.

—Parece que hay gente en la Galaxy que no se siente a gusto sabiéndome vivo —murmuró—. Melphys, mucho me temo que habremos de abandonar nuestro campamento.

—¿Adónde iremos? —preguntó la joven.

Los ojos de York contemplaron la altísima cadena de montañas que se erguía a unos cincuenta o sesenta kilómetros de distancia y que cerraba el horizonte en cuanto alcanzaba la vista.

—Viajaremos hacia el sur —decidió—. Al final de la cordillera, daremos la vuelta y subiremos hacia el norte. Pero sin prisas, no tenemos ninguna y lo que interesa es que termines de curarte.

—Oh, Armin, ¿aún no me consideras curada del todo? Mírame, tengo mejor aspecto que nunca, incluso antes de caer enferma...

York contempló a la joven, cuyo esbelto cuerpo estaba cubierto por un mínimo de prendas y movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, tienes un maravilloso aspecto, pero quiero que acabes de curarte por completo —dijo al cabo—. Es preciso evitar que la enfermedad pueda reproducirse algún día.

Melphys lanzó un hondo suspiro.

—Tú eres mi médico —se resignó.

—Anda, vamos —sonrió él—. Hemos de preparar todo para la marcha.

—¿Ahora?

—No sabemos si Michels y los suyos estaban en contacto con los agentes de la Galaxy. Si era así, al no tener noticias suyas, puede que se les ocurra enviar alguien para investigar. Cuando eso suceda, debemos estar ya muy lejos de aquí.

—De acuerdo, como digas.

* * *

Las jornadas no eran demasiado largas ni tampoco se cubrían en una sola etapa. York, por otra parte, procuraba viajar siempre por zonas de clima, templado, a fin de evitar inclemencias del tiempo. Pero durante las primeras semanas de viaje, no sufrieron el menor contratiempo.

Día a día, continuaron ganando terreno. El ejercicio había hecho de Melphys una mujer saludable y robusta, sin mengua alguna de su esbeltez. Cuando necesitaban comida, ella era la que solía cazar las presas con su venablo, después de una breve pero fulgurante carrera. No obstante, York había considerado conveniente llevar una de las escopetas antiguas de los fingidos cazadores, así como una veintena de cartuchos. Había consumido solamente un par de ellos, pero los restantes podían resultarles útiles en algún momento crítico.

Casi cuatro semanas después de su partida, advirtieron que la cordillera se confundía ya con las llanuras circundantes. Entonces vieron a lo lejos una lámina espejante.

—¡El mar! —exclamó él, muy sorprendido.

—¿Qué es eso?

York se volvió hacia la joven.

—¿Cómo? ¿Nunca habías visto el mar? Melphys hizo un gesto negativo.

—Nunca hemos ido demasiado lejos de nuestro poblado —respondió.

York volvió a mirar hacia el horizonte.

—Creo que no tienes demasiada prisa, en regresar allí —dijo—. Mañana llegaremos a la orilla del mar. Descansaremos allí un par de semanas.

Ella aceptó la decisión del hombre. Inmediatamente, reanudaron la marcha.

Aquella noche, mientras dormían, se oyeron extraños ruidos en las inmediaciones del campamento. York despertó en el acto y cargó la escopeta.

Melphys se sentó en el suelo.

—¿Qué es eso, Armin?

—No hagas ruido —dijo él. Arrojó unas ramas en las brasas de la hoguera y siguió escuchando.

Los sonidos se repitieron. Eran como rugidos de bestias feroces y, a juzgar por el volumen, de enorme tamaño.

—¿Hay fieras en tu planeta? —preguntó él en voz baja.

—Allí nunca las vimos —repuso Melphys en el mismo tono.

De repente, el suelo tembló.

Una enorme masa oscura, de formas indefinibles, pasó a gran velocidad por delante de ellos, tronchando árboles y atropellándolo todo. Melphys no pudo evitar un grito y se arrojó en brazos del joven.

—Calla, por favor —pidió él.

York había entrevisto durante unos segundos al animal y le había parecido una bestia de pesadilla, de un tamaño doble del de un elefante terrestre, con ocho patas y cuello alargado, terminado en dos cabezas. Pero el animal, según le pareció, huía de algún gravísimo peligro.

Más bramidos se oyeron. York —empezó a pensar en la seguridad propia. Si aquellos enormes animales huían, a la fuerza debían de escapar de algún horrible peligro del que ni su masa colosal podía salvarlos.

Dos bestias más pasaron por delante de ellos a la carrera y no les atropellaron por cosa de un par de metros. York no se lo pensó dos veces.

El campamento se hallaba en el centro de un claro, en el que había árboles de enorme elevación, algunos de los cuales alcanzaban cien y más metros de altura. York y Melphys, aunque rápidos, no podían compararse siquiera con aquellas bestias gigantescas y, además, no podrían mantener durante mucho tiempo un ritmo de carrera excesivamente veloz.

Por tanto, no había más que una solución: buscar refugio en el punto más elevado de uno de los árboles gigantes, tan semejantes a las secoyas terrestres.

—Vamos, Melphys, recoge todo lo que puedas —dijo—. Hemos de escapar de aquí cuanto antes.

En el mismo instante, se oyeron unos agudos chillidos. York se quedó paralizado por el estupor, porque aquellos sonidos, sin ninguna duda, brotaban de una garganta humana.

CAPÍTULO VII

Pasaron dos bestias gigantescas más. Otros animales de menor tamaño corrían igualmente de una forma desesperada. Los gritos de personas se escuchaban cada vez más cerca.

Pero York tenía que pensar sobre todo en su propia seguridad y en la de Melphys. Las sombras de la noche empezaban a retirarse y la luz aumentaba, con gradual rapidez.

En pocos momentos, recogieron sus objetos personales. York se echó la escopeta a la espalda y corrió hacia uno de los árboles gigantes.

La corteza era muy rugosa y presentaba los suficientes asideros para que se pudiera trepar sin demasiada dificultad. En la base, el tronco medía más de diez metros de diámetro. Las primeras ramas se encontraban, sin embargo, a casi treinta metros del suelo.

Las bestias de todas clases desfilaban en medio de un horrible concierto de gruñidos y aullidos, que ensordecían los oídos. York se sentía lleno de perplejidad, porque no acababa de comprender los motivos de aquella estampida.

De pronto, cuando estaban a unos quince metros del suelo, sonaron unas voces humanas bajo ellos. York volvió la cabeza.

Había algunas personas al pie del árbol. Eran seres perfectamente proporcionados, de piel muy blanca, pero de una estatura que en ningún caso rebasaba el metro y medio. La vestimenta era mínima: un taparrabos para los hombres y una falda de fibra y una banda del mismo material en el pecho para la única mujer que formaba parte del grupo.

Los extraños iban armados con pequeñas lanzas, arcos y flechas, pero daban la sensación de sentirse desorientados, sin duda debido al miedo que sentían. Uno de ellos sangraba profusamente por varios puntos de su anatomía, aunque sus heridas no parecían revestir demasiada gravedad.

York decidió ayudarles.

—¡Eh, aquí! —gritó.

La voz del terrestre sobresaltó enormemente a los pigmeos blancos. Cinco o seis cabezas se alzaron de inmediato.

La mujer fue la primera en reaccionar. Otro hombre la siguió de

inmediato. Un tercero y un cuarto dudaron, pero acabaron por imitarles también.

Los dos restantes parlotearon excitadamente entre sí.

York apreció que no acababan de ponerse de acuerdo y continuó la ascensión. Melphys estaba ya a punto de alcanzar una de las primeras ramas, que se extendían a muchos metros fuera del tronco.

La luz del nuevo día permitía ya ver con todo lujo de detalles. Súbitamente, se oyó un alarido espantoso.

York, a menos de cinco metros de la primera rama y a unos veinticinco del suelo, bajó la vista y divisó a los dos retrasados peleándose con algo que no conseguía ver bien del todo. Pero la blanca piel de los pigmeos se había teñido de rojo en contados segundos.

En el suelo, se movían infinitos seres de una forma que resultaba inapreciable desde arriba. Sin embargo, York pudo advertir que aquellos seres daban unos saltos prodigiosos, como pulgas de tamaño descomunal, algunos de ellos tan grandes como la mitad de la palma de la mano.

La mujer y los otros pigmeos apresuraron su ascensión. Abajo, en el suelo, los dos retrasados luchaban ferozmente contra millares de aquellos minúsculos enemigos. De pronto, cayeron sobre la hierba.

Segundos más tarde, habían dejado de moverse.

* * *

York alcanzó la primera rama y se sentó a horcajadas, contemplando con morbosa fascinación el horrendo espectáculo que se producía al pie del árbol. A cada segundo que transcurría, más y más seres acudían en bandadas espesas, como plaga de langosta terrestre, produciendo un ruido horripilante con lo que el joven juzgó debían ser mandíbulas fuertemente armadas, pese a su tamaño diminuto.

De pronto, un enorme grupo de aquellos seres se abalanzó sobre el árbol y empezó a trepar con increíble rapidez. Al mismo tiempo, deban saltos de dos metros y más de longitud, aunque muchos de

ellos, daba la postura, volvían a caer al suelo. Pero no sufrían ningún daño y reanudaban inmediatamente la ascensión, con feroz determinación, movidos por un impulso irresistible de buscar alimento.

Los dos pigmeos rezagados fueron alcanzados bien pronto por una masa de aquellos seres y envueltos literalmente. Sus gritos de dolor, horripilantes, sonaron durante unos segundos, antes de precipitarse al suelo desde veinte metros de altura.

Entonces, York se percató de que los atacantes, cuyo número no parecía decrecer en absoluto, sino que aumentaba más y más a cada momento, eran cangrejos de una especie nueva, desconocida para él y terriblemente voraces. El castañeteo que había oído antes no era sino el entrechocar de su pinzas calcáreas, con las cuales destrozaban la presa que luego les servía de alimento.

El árbol no parecía ser obstáculo para ellos. York se juzgó perdido.

Todo el tronco estaba envuelto, desde el suelo, hasta unos veinte metros de altura, por una espesa nube de crustáceos, que no cesaban de moverse en ningún instante. Abajo, cuatro mondas esqueletos, daban buena muestra de su increíble voracidad.

La mujer y el otro pigmeo habían conseguido alcanzar ya las primeras ramas. Pero ni aun allí estaban seguros.

De pronto, York recordó algo. Sí, quizá aquel arma pudiera dar resultado. Unos cuantos escopetazos no detendrían la marea de cangrejos que se acercaba con increíble rapidez.

Poniéndose en pie sobre la rama, sacó la pistola térmica y apuntó hacia abajo. Un rayo de calor descendió sobre las primeras filas de crustáceos, carbonizándolos en el acto.

El ataque pareció detenerse. York abrasó las primeras filas, pero sabía que los crustáceos envolvían por completo el tronco de la secoya.

Saltando de rama en rama, envió sucesivas descargas hacia abajo. El olor resultaba insoportable, pero los ataques parecieron quedar contenidos. Incluso se vio que las filas inferiores retrocedían, como atemorizadas por aquel fuego que caía de las alturas.

Sin embargo, y tras unos momentos de vacilación, los crustáceos reanudaron su avance.

—¡Estamos perdidos! —gritó Melphys, a seis o siete metros por encima del joven.

York asintió sombríamente.

Melphys tenía razón. Los crustáceos emigraban por alguna razón desconocida. El instinto hacía que los primeros se sacrificasen, para que los que les seguían tuvieran alimento. Debía de tratarse de alguno de los períodos cíclicos de superpoblación, que sólo se extinguían cuando morían la mayor parte de los cangrejos emigrantes.

Hizo más disparos. Pero la pistola térmica no tenía una carga infinita. ¿Qué pasaría cuando estuviese descargada?

De pronto, varias corrientes de agua empezaron a deslizarse por el suelo, rodeando el árbol sin demasiada dificultad, para seguir a continuación en dirección inversa a la que York y la muchacha habían seguido hasta llegar a aquel lugar.

El caudal de agua aumentó rápidamente y arrastró a la movible masa de crustáceos. York emitió un suspiro de satisfacción.

El peligro parecía remitir. Debía de tratarse de alguna inundación periódica, lo que había provocado la estampida en masa de todos los animales, incluidos los crustáceos.

Muchos, sin embargo, quedaban todavía en el tronco, pero York pudo abrasarlos sin dificultad. Minutos más tarde, pudo considerar que ya se hallaban a salvo.

Estaba equivocado.

En menos de un cuarto de hora, las aguas alcanzaron un nivel de dos metros. York frunció el ceño cuando se dio cuenta de que el nivel de la inundación no daba señales de decrecer, sino todo lo contrario.

—Sólo faltaría ahora que muriésemos ahogados —rezongó.

Había, tal vez, la solución de construir una balsa o, por lo menos, cortar algunas ramas y navegar a horcajadas sobre ellas. Una de las herramientas que York no había abandonado era una pequeña destral, que siempre resultaba útil, así como un cuchillo de caza. Pero la huida del árbol por aquel medio resultaba arriesgada, ya que ignoraba adónde irían a parar y, además, las existencias de víveres eran muy exiguas.

Posiblemente, la corriente de la inundación se dirigía hacia el lejano mar. En tal caso, serían arrastrados y perecerían de hambre y sed, si antes no eran devorados por algunos peces carnívoros. Después de lo que había visto, York tenía la impresión de que había más fieras en Dosk'Ol de lo que había imaginado a su llegada.

«No es el paraíso que aparenta», pensó.

El nivel de las aguas seguía en aumento. Al ritmo actual, York calculó que la inundación alcanzaría las primeras ramas una hora más tarde.

Tenía tiempo de discutir la situación con los pigmeos, se dijo.

Melphys estaba a cinco o seis metros sobre él. La pareja de pigmeos se encontraba en una rama inmediata.

Trepó para reunirse con ellos.

—Yo soy Armin —dijo—. Ella es Melphys. ¿Quiénes sois vosotros?

—Me llamo Viloth —respondió el hombre—. Esta es mi esposa, Vlathia. Pertenecemos al pueblo de los duks, situado a dos jornadas de distancia, hacia el lugar donde nace el sol. Habíamos salido a cazar y nos sorprendieron los cangrejos carnívoros. Vlathia y yo estamos vivos gracias a tu rayo de fuego y no olvidaremos nunca ese favor.

La joven pigmea sonrió. Su estatura no era óbice para que resultase muy atractiva. El pelo era extrañamente rubio y tenía los ojos ambarinos. Los de Viloth eran algo más oscuros, pero ambos poseían una figura perfectamente proporcionada.

—También nosotros buscábamos nuestra propia salvación —contestó York—. Pero ignorábamos la existencia del pueblo de los duks.

—Siempre hemos vivido en estas tierras —dijo Viloth, orgulloso.

—Eso demuestra que Dosk'Ol no es tan conocido como se creía. Melphys, ¿sabías tú algo acerca de los duks?

—No, nunca habíamos oído hablar de ellos —respondió la interpelada.

—Será preciso que aprendamos a conocer mejor los pueblos de este planeta... si es que conseguimos salvarnos de morir ahogados. ¿Crees que las aguas llegarán hasta aquí, Viloth?

El pigmeo dudó ligeramente.

—Esto es la crecida bienal y, en ocasiones, alcanza niveles elevadísimos. Pero así como se produce con gran rapidez, el descenso de nivel es también muy rápido.

—Nunca nos encontramos en una situación semejante; por eso no podemos asegurar nada al respecto —agregó Vlathia.

—Es curioso —comentó York—. Vosotros conocéis este fenómeno y, sin embargo, os habéis dejado sorprender por él. ¿A qué se debe?

—Lo ignoro —respondió Viloth—. Habíamos salido de cacería, cuando nos sorprendió la súbita elevación de las aguas. Nosotros la esperábamos, como máximo, para dos meses más tarde.

—Armin, hay algo que no comprendo —dijo Melphys—. ¿Qué extraño fenómeno provoca una tan rápida inundación del terreno? No estamos en épocas de lluvia, lo que explicaría esta crecida; el tiempo es bueno...

—Cada dos años, la Fuente Bramadora se abre y brotan las aguas con fuerza incontenible —explicó Viloth—. Se producen grandes rugidos, muchos vapores y la tierra tiembla. Al principio, el agua sale caliente, pero se enfría con rapidez.

York asintió. El fenómeno era ahora mucho más fácil de entender.

—Vulcanismo —murmuró—. Simplemente un géyser que actúa cada dos años.

—¿Cómo? —dijo Melphys.

—Ya te lo explicaré en otro momento. Viloth, a vosotros, supongo, no os alcanzará la inundación.

—No, porque nuestro pueblo está edificado en un punto más alto. Desde tiempo inmemorial, se conocen los niveles máximos de la inundación. Pero estas tierras quedan más bajas y por ello hemos sido sorprendidos por la rápida crecida de las aguas.

—Lo cual, a su vez, provocó la estampida de todos los seres vivientes, incluidos los cangrejos carnívoros —dijo York pensativamente—. Viloth, dime, ¿se conoce algún caso en que se haya anticipado tanto la inundación?

—No. La emisión de la Fuente Bramadora se produce, como máximo, con la diferencia de una semana, dos, en los casos más notables; pero,

repito, ahora no debía haber ocurrido. Faltaban dos meses, por lo menos, para que se considerase arriesgado abandonar el pueblo y bajar a tierras menos elevadas.

York miró de nuevo hacia las aguas. El nivel del líquido llegaba ya a unos diez metros de las primeras ramas.

Al mismo tiempo, la corriente, por pura lógica, había adquirido una terrible intensidad. Muy preocupado, York se preguntó ahora, no si las aguas seguirían subiendo, sino la capacidad del secoya para resistir el enorme empuje de la corriente.

De súbito, se oyó un tremendo crujido.

Derribado por las aguas, un gigantesco árbol, de más de ciento veinte metros de altura, cayó a poca distancia, levantando un enorme turbión de espumas, que alcanzó incluso a las cuatro personas refugiadas en las ramas del secoya.

CAPÍTULO VIII

Melphys lanzó una mirada angustiada a York. El joven sonrió, tratando de infundirles ánimos.

—Tal vez era un árbol demasiado viejo —opinó. Transcurrió un cuarto de hora. El agua se encontraba ya a cinco metros de las primeras ramas. De pronto, el secoya tembló ligeramente.

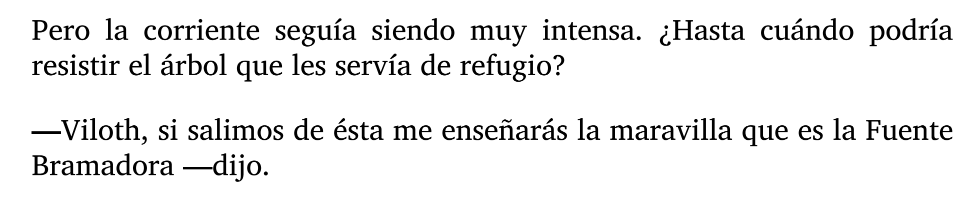
Vlathia lanzó un grito. Su esposo la abrazó con ternura.

El árbol derribado permanecía en el mismo sitio, sostenido por los restantes que les rodeaban. York calculó que, si podían resistir la caída, tendrían probabilidades de pasar a otro secoya. Pero deberían agarrarse con fuerza o...

De pronto, Viloth emitió un agudo grito:

—¡El nivel permanece constante!

York emitió un hondo suspiro. Viloth tenía razón. La crecida parecía haberse detenido.


Pero la corriente seguía siendo muy intensa. ¿Hasta cuándo podría resistir el árbol que les servía de refugio?

—Viloth, si salimos de ésta me enseñarás la maravilla que es la Fuente Bramadora —dijo.

—Te enseñaré el camino. Nosotros no vamos nunca allí; lo prohíbe nuestra ley.

—¿Crees que merece la pena ver esa fuente? —preguntó Melphys.

—Un poco de turismo nunca viene mal —sonrió York. Por fortuna, el secoya resistió. Horas más tarde, al anochecer, se notó claramente el descenso de las aguas.

Al día siguiente, por la mañana, el nivel había bajado enormemente. Ya se veían algunos trozos de suelo emerger de la superficie líquida.

Pasado el mediodía, empezaron a bajar del árbol.

York no pudo por menos de respirar aliviado al saberse a salvo.

—Debéis venir a nuestro pueblo —dijo Viloth—. Mi esposa y yo queremos que seáis nuestros huéspedes.

—Melphys, ¿qué te parece? —consultó el joven.

—Por mi parte, no hay inconveniente.

—Llegaremos al anochecer —indicó Vlathia.

—Es una buena noticia —sonrió York—. Aparte de lo cual, a ti, Melphys, te conviene un buen descanso.

Ella se enfadó.

—¿Hasta cuándo vas a considerarme como una inválida? —protestó —. Me encuentro perfectamente bien...

—Sé paciente —rogó York, persuasivo.

—¿Estás enferma? —preguntó Vlathia.

—Lo estuve, pero ya me encuentro curada. Puedo ganaros a todos en la carrera, en el tiro con la lanza...

York sonrió.

—Viloth, será mejor que empecemos a caminar —dijo. Las señales de la inundación eran visibles por todas partes. Sin embargo, el viaje se realizó sin ninguna dificultad. Anochecía ya, cuando dieron vista al pueblo de los duks.

Era un espectáculo singular, ver tantas cabañas circulares, con techo cónico de paja, situadas en largas hileras, sobre bancales cavados en la ladera de una enorme montaña, de forma muy alargada. York calculó que habría unas cuatro o cinco mil cabañas, lo cual daba como resultado una población de quince a veinte mil personas.

De las lejanas montañas llegaba un arroyo, cuyas aguas eran distribuidas hábilmente en los bancales, por medio de pequeños canalillos, lo que aseguraba un suministro constante de agua a los habitantes del poblado Era una singular obra de ingeniería, que dejó admirado al terrestre, cuando consideró la habilidad y el trabajo empleados en la construcción de aquella red de suministro de agua potable.

York divisó también una llanura cultivada, pero su extensión no era demasiado grande, Los pigmeos, calculó, vivían principalmente de la caza.

De pronto, se oyó un gran griterío.

Decenas de personas corrieron hacia los recién llegados. Para asombro de York y de Melhpys, aquellos pigmeos, al contrario de Viloth y de su esposa, no mostraban el menor sentimiento amistoso hacia los seres de estatura superior a la suya.

Numerosas lanzas y venablos se agitaron amenazadoramente. York frunció el ceño. La pistola térmica, de recarga solar, estaba activa nuevamente. Pero lo que menos deseaba era iniciar con una matanza su estancia en el pueblo de los duks. Y, sin embargo, dadas las apariencias, empezaba a pensar que no tendría otro remedio que utilizar arma de efectos tan devastadores.

Las lanzas se pusieron horizontales y apuntaron a los pechos de York y Melphys.

* * *

De pronto, alguien lanzó un agudo grito.

Las lanzas se bajaron y los venablos se apartaron.

York emitió un hondo suspiro de alivio.

Viloth estaba a su lado, dispuesto a luchar con él.

Había gritado una y otra vez que era su amigo, pero nadie había querido hacerle el menor caso. York, por su parte, no comprendía en absoluto los motivos de aquel hostil recibimiento.

Los pigmeos abrieron paso a uno de sus congéneres, quien llegaba seguido de una especie de corte, compuesta por una docena de hombres y mujeres. Sólo el que parecía jefe llevaba una especie de báculo de madera, vistosamente pintado. Por lo demás, las vestimentas eran prácticamente iguales para todos.

—El rostro del jefe aparecía encendido por la ira.

—Viloth, no comprendo cómo has podido traer hasta aquí a dos extranjeros, de los que tanto daño nos han hecho —dijo, acusador—. Tendrás que explicar tu conducta o, de lo contrario, sufrir el mismo castigo que esos extranjeros.

—Estás equivocado, jefe Ahuth —contestó Viloth—. Estos extranjeros son mis amigos y nos salvaron a Vlathia y a mí, cuando fuimos sorprendidos por los cangrejos carnívoros en primer .lugar y luego por la inundación.

—Decenas de duks han muerto ahogados. Es culpa de ellos—insistió Ahuth—. Es un crimen muy grave...

—Permite que te explique lo sucedido, jefe —exclamó Viloth—. Tú me conoces bien y sabes que no he mentido jamás. Mis amigos se someterán a tu decisión, si yo no logro convencerte de que son inocentes de la acusación.

—Está bien, habla.

York asió la mano de la joven, para infundirle ánimos. La otra mano estaba sobre la culata de la pistola térmica. Fuese cual fuese el veredicto del jefe Ahuth, no pensaba someterse a una condena acaso de muerte. Pero se le hacía incomprensible de que les acusaran de haber provocado la muerte de decenas de nativos.

Cuando Viloth hubo terminado de hablar, Ahuth fijó sus ojos en el terrestre.

—Tú tienes la misma figura y corpulencia que los que vinieron a visitamos hace algunas semanas —dijo. Pero según Viloth, veníais de una dirección muy distinta. Por tanto, no sois culpables en absoluto de lo sucedido.

York procuró mantener la serenidad y se inclinó gravemente.

—Te doy las gracias, jefe Ahuth —dijo—. No obstante, me extraña que haya hombres de mi raza en estos parajes.

—Llegaron hace algunas semanas. Querían traficar con nosotros y nos negamos. Entonces, dijeron que tenían grandes poderes y que podrían obligamos a hacer lo que ellos quisieran. Era nuestros huéspedes, por eso no pudimos causarles ningún daño. Pero ellos sí nos lo han hecho.

—¿De qué manera?

—Lo hemos averiguado hace muy pocas horas. Una expedición subió a las montañas y encontró a los hombres de tu raza trabajando en las inmediaciones de la Fuente Bramadora. Ellos no se dieron cuenta de la presencia de nuestros exploradores, quienes oyeron a los extranjeros que pronto se produciría una nueva inundación.

York frunció el ceño.

—¿Conoces los nombres de esos extranjeros, jefe?

—Sé que se llaman Lucas y Kit, es todo cuanto puedo decirte, aparte de que son de tu raza.

York hizo un gesto de asentimiento.

—Me parece que empiezo a comprender —dijo—. Jefe, hoy me siento muy cansado. ¿Me permites que vaya mañana a investigar lo que sucede en la Fuente Bramadora?

—Estoy seguro de que él conseguirá evitar la segunda inundación —exclamó Viloth.

—Al menos, lo intentaré —añadió el terrestre.

—De acuerdo —accedió Ahuth—. Si lo consigues, tú y tu esposa seréis considerados como duks.

Melphys enrojeció. —Yo no...

York le dio un rápido codazo, a la vez que se inclinaba.

—Mi esposa y yo seremos felices sólo con ayudaros —dijo.

Ahuth levantó su báculo. La multitud se dispersó rápidamente.

—Necesitaréis alojamiento —añadió el jefe.

—Son mis huéspedes —declaró Viloth orgullosamente.

La expresión de Ahuth se dulcificó un tanto.

—Viloth es un hombre muy apreciado por todos —declaró.

* * *

La cabaña era grande, espaciosa, con el suelo de tierra cubierto por esteras de fibra. Una lámpara de aceite, contenido en un cuenco de barro cocido, prestaba la luz suficiente para que los ocupantes del habitáculo pudieran moverse sin dificultad.

Vlathia preparó cena con carne fría y frutas. Al terminar, York se extrañó de que Viloth no le hubiese hablado de los extranjeros.

—No se me ocurrió y no creía que fuesen capaces de producir la inundación —respondió el pigmeo—. Pero ahora ya veo que sí lo hicieron ellos.

—Querían traficar con vosotros y os habéis negado. ¿Por qué?

—Nos ofrecían cosas que no necesitábamos. Además, eran orgullosos, nos miraban con desprecio y nos trataban poco menos que como animales. Por esa razón, nos negamos a tener trato con ellos.

—A eso le llamo yo falta de dotes diplomáticas —dijo York con sorna —. Pero, ¿qué podíais ofrecerles vosotros a cambio de sus mercancías?

Vlathia se puso en pie y sacó algo de una rústica alacena. York contempló fascinado la enorme esmeralda, casi como un puño, que brillaba con increíbles destellos a la luz de la lámpara.

—¿Son fáciles de encontrar estas piedras? —preguntó.

—Hasta cierto punto. Nosotros las usamos como adorno o para regalo, cuando un hombre desea a una mujer para esposa. Pero no le concedemos ningún valor, salvo el del trabajo que cuesta cribar la tierra durante días y días hasta encontrar una piedra verde.

—A veces, se encuentran piedras de menor tamaño, pero el enamorado debe demostrar su amor, llevando a su futura esposa una piedra más grande que la de los otros. Naturalmente, debe hacerlo fuera de sus obligaciones de cazar y de cultivar la tierra —agregó Viloth—. Por eso, en ocasiones, el pretendiente tarda un año o más en hallar la piedra que cree le asegurará una respuesta favorable.

York hizo saltar la esmeralda en la mano. Casi se mareó al pensar la cifra en interdólares que podría obtener por una gema semejante en la Tierra. Hallaba lógica, pero no justificable, la actitud de los llamados Kit y Lucas. ¿Querían éstos, se preguntó, someter a una especie de chantaje a los duks?

Estaba muy cansado y se durmió pronto. Al día siguiente, por la mañana, oyó un gran griterío.

Viloth y su esposa estaban ya en la puerta de la cabaña. York se levantó de un salto.

—Ahí los tienes —dijo el pigmeo.

York se asomó con precaución. En modo alguno quería que los dos terrestres conocieran su presencia en el poblado.

—Han llegado volando —indicó Vlathia.

Atónito, York divisó a los dos sujetos llamados Lucas y Kit, a quienes no conocía. Ambos estaban provistos de sendos propulsores individuales y empuñaban fusiles térmicos de mucho mayor alcance y de una potencia infinitamente superior. Con unas cuantas descargas, podían reducir a cenizas la mayor parte del poblado y de sus habitantes.

Lucas y Kit conversaban animadamente con el jefe Ahuth, quien se negaba con enérgicos ademanes a las propuestas de los terrestres. De súbito, Lucas emitió un poderoso grito:

—Está bien, jefe, tú lo has querido. Tu pueblo sufrirá una segunda inundación, con las consecuencias que ello acarrea. Pero, desde luego,

tú no lo verás.

El fusil de Lucas emitió un chipazo. Ahuth se transformó primero en un ascua de luz brillantísima. Luego, un montón de cenizas se esparcieron por el suelo.

Antes de que ninguno de los aterrados espectadores pudiera hacer nada, Lucas y sus acompañantes alzaron el vuelo y se perdieron de vista en contados segundos.

Una racha de viento dispersó el pequeño puñado de cenizas que era todo lo que restaba del jefe Ahuth.

CAPÍTULO IX

El silencio se había extendido, denso, ominoso, por todo el ámbito del poblado de los duks. Ninguno de los pigmeos se sentía con fuerzas para reaccionar.

York se volvió de pronto hacia su amigo.

—Viloth, ¿a qué distancia está la Fuente Bramadora? —preguntó.

—Una jornada de marcha, aproximadamente —respondió el aludido.

—¿Conoces el camino?

—Sí. Supongo que piensas ir...

—Exactamente. Pero necesito un guía.

—Yo iré contigo. Deseo vengar la muerte de nuestro jefe.

—Más que eso, conviene pensar en los que aún están vivos. Viloth, yo sospecho que esos miserables han conseguido mucho más de lo que ha pasado hasta ahora. Y es preciso que lo evitemos antes de que sea demasiado tarde.

—¿Crees que lo conseguirás?

—Eso creo, pero es preciso que partamos de inmediato. No podemos

perder un solo segundo.

—Está bien. Prepararé mis armas. Vlathia, llena una bolsa con provisiones.

Melphys dio un paso hacia adelante.

—Armin, iré contigo…

York se negó rotundamente.

—No es que piense que no puedes resistir el viaje, pero será muy rápido y, además, con posibles riesgos —alegó—. Y no quiero que te suceda nada, porque también debes pensar en tu pueblo.

Vlathia puso una mano sobre el brazo de la muchacha.

—Deja que los hombres peleen —dijo persuasivamente.

Melphys se resignó.

—Te aguardaré con ansia —manifestó.

Minutos más tarde, York y Viloth emprendían la marcha. York pudo darse cuenta a los pocos minutos de que seguían un camino ascendente, en dirección hacia las montañas que eran los primeros contrafuertes de la cordillera, en su extremo meridional. Muy a lo lejos, se divisaban algunas cumbres nevadas, apenas visibles dadas la distancia. Pero, según el pigmeo, la montaña en la que se hallaba la Fuente Bramadora, estaba mucho más cerca y era menos alta. La nieve duraba allí muy poco, escasas semanas en los inviernos más crudos.

York seguía observando el terreno a medida que avanzaban. No tardó en advertir los primeros rastros de la inundación.

Las aguas habían corrido a cierta distancia del poblado pigmeo, hacia el oeste, siguiendo el curso natural, trazado a través de los milenios. No obstante, hacia el este, se divisaba una cadena montañosa, de menor elevación que la cordillera y a menos de cinco kilómetros del poblado.

El detalle preocupó a York, quien empezó a presentir las verdaderas intenciones de aquellos forajidos. La pequeña cordillera oriental podía servir de dique para las aguas, si éstas eran desviadas de su curso natural. Pero inexorablemente, la masa líquida buscaría el nivel más bajo y el poblado de los duks quedaba en su camino.

No obstante, provocar una inundación de semejante calibre no era cosa fácil. Podía hacerse, desde luego, pero resultaba costoso en tiempo y materiales.

Ahora bien, siguió sus reflexiones, si el tiempo y los materiales eran muy valiosos, se debía a que alguien esperaba obtener un elevadísimo beneficio. Y ese alguien debía de ser una potencia financiera, por lo que la empresa estaba prohibida a unos simples particulares.

Las deducciones venían por sí solas: sólo la poderosísima Galaxy estaba en condiciones de financiar trabajos de semejante envergadura.

La Galaxy estaba dirigida por un poderoso grupo de financieros, quienes hacían y deshacían desde sus despachos. Para ellos no contaban las vidas humanas: el beneficio era su único dios.

* * *

Al atardecer, muy fatigados después de una jornada entera de caminar sin apenas descanso, llegaron a las inmediaciones de la Fuente Bramadora.

York observó el panorama desde una colina inmediata, oculto entre la vegetación. En pocos minutos comprendió todo.

La Fuente Bramadora no era sino un géiser gigantesco, de dimensiones indescriptibles, provocado por el vulcanismo de la zona. Abajo, a cientos o tal vez a miles de metros de profundidad, había una inmensa sima, llena de agua, acaso un pequeño océano subterráneo, situado en las inmediaciones de un poderoso foco de calor plutónico. El agua se calentaba lenta y gradualmente, hasta que la expansión del vapor a altísimas presiones, como sucedía en los géiseres terrestres, la hacía salir por aquella enorme abertura que se veía en la falda de la montaña.

Posiblemente, pensó, el mar interior tenía cientos de kilómetros cúbicos de agua. El calentamiento era lento; por eso la inundación se producía cada dos años. Pero había procedimientos para elevar la temperatura del agua.

La boca del géiser medía unos cincuenta metros de longitud por quince o veinte de anchura y de ella escapaban tenues hilachas de

vapor. Frente a la oscura caverna, se había levantado una enorme estructura de guías metálicas, con una amplia torreta en la parte superior, de la que partían a intervalos regulares unos proyectiles, semejantes a antiguas bombas de aviación. Las bombas medían unos diez metros de largo por dos de grueso y eran disparadas por medio de una especie de propulsión por cohete, de gran potencia, pero corto alcance. En realidad, no se necesitaba que llegasen demasiado lejos; con un kilómetro de trayectoria era más que suficiente.

Un ascensor subía automáticamente las bombas. Cada una de ellas, supuso York, contenía una carga térmica capaz de hacer hervir en un segundo un kilómetro cúbico de líquido. En realidad, lo que hacían Lucas, Kit y sus ayudantes, que hormigueaban en torno a la torre, era acelerar el proceso plutónico.

Otro grupo de individuos se movía con unos fusiles térmicos, de carga ilimitada, debido a la mochila que llevaban a la espalda. Los fusiles térmicos fundían la tierra y abrían un profundo surco. Era, sencillamente, el trabajo preciso para lograr que la inundación siguiera un nuevo curso, tal como había calculado York en un principio.

Cuando la presión interna se hubiese elevado lo suficiente, el géiser brotaría de nuevo y la inundación arrasaría el poblado pigmeo con todos sus habitantes.

* * *

De pronto, alguien tocó una campana.

—Es hora de descansar —dijo uno.

Los trabajos se suspendieron en el acto. La noche caía con rapidez.

A cierta distancia de la torre, había un barracón prefabricado, en el que fueron congregándose todos los operarios. York se acarició el mentón con gesto pensativo.

—Viloth, tenemos que hacer algo —dijo a media voz. Lucas, Kit y sus hombres no sospechaban siquiera que había unos observadores a menos de doscientos metros de distancia. York especuló con el favorable efecto de la sorpresa.

—Tú tienes la palabra —contestó el pigmeo.

El cerebro de York empezó a trabajar activamente.

Según podía apreciar, había todavía una docena de bombas dispuestas para ser lanzadas al interior de la caverna. York suponía también que alguien había hecho los cálculos precisos para alcanzar la temperatura necesaria con determinado número de bombas térmicas.

Posiblemente también, pensó, la carga era de efecto retardado, lo que significaba que, aun hallándose en el seno de las aguas, ardía durante mucho tiempo. De otro modo, no se comprendía la suspensión de los trabajos.

Pero si las doce bombas que quedaban eran lanzadas al interior de la caverna, la inundación se produciría de nuevo y miles de seres inocentes perecerían ahogados.

La noche había cerrado ya por completo. York se puso en pie.

—Voy a acercarme al barracón —anunció.

—Te seguiré…

—Sí, pero a veinte o treinta pasos y sin dejarte ver.

Si adviertes que me encuentro en apuros, usa tus armas sin vacilar.

—Está bien —contestó Viloth.

York caminó con grandes precauciones, aunque saltaba a la vista que los terrestres no esperaban ser atacados. La falta de vigilancia era patente.

De pronto, cuando estaba a punto de alcanzar el barracón, del que le llegaban las conversaciones de sus ocupantes, a través de las ventanas abiertas de par en par, oyó un tenue silbido.

Inmediatamente, se tiró al suelo, al pie de una de las paredes. No tardó en identificar el origen del silbido.

Alguien llegaba, utilizando un propulsor individual.

York supo bien pronto que se trataba de dos personas.

Una voz sonó en la puerta del barracón:

—¡Bienvenida, señorita Reid!

York se sintió atónito. «Es Vanessa», pensó de inmediato.

—¿Qué tal, señor Rowney? —dijo la joven—. ¿Cómo marcha todo por aquí?

—Bien. Estamos a punto de terminar. Creo que mañana tendremos la segunda función.

—Hola, Lucas —saludó el acompañante de Vanessa. York reconoció la voz del gigante Miller. Un segundo individuo apareció en la puerta del barracón.

—¿Cómo estás, Kit Verli? —saludó Miller.

—Ya puedes ver, sudando la gota gorda —rió el aludido.

—¿Qué tal los enanos, Lucas? —preguntó Vanessa despectivamente.

—Duros de pelar, pero pronto no serán más que un recuerdo. A fin de cuentas, ellos se lo han buscado... pero, ¿no quiere entrar y cenar con nosotros?

—Bien, comeré un bocado, aunque he de irme cuanto antes. Allá arriba las cosas no marchan como quisiera y es preciso que empiece a ajustar cuentas a aquellos orgullosos doskolitas.

—¡Pero ahora es usted la reina! —exclamó Rowney.

—Sí, es cierto, pero sólo porque tuve que casarme con Nabo, que es la única persona de sangre real, después de la muerte de Melphys. Sin embargo, sé que no gusto demasiado a mis súbditos.

—Vaya, pues no deja de ser una noticia —comentó Rowney con sorna.

—Las cosas cambiarán, os lo aseguro —dijo la ambiciosa mujer—. Pero vayamos al grano. ¿Cómo marcha este asunto?

—Bien, mañana, pasado, lo más tardar, le tendremos resuelto.

—Hay mucho dinero que ganar en este planeta. Sólo es cuestión de sacrificarse un poco. Pero después, todos podrán vivir como potentados durante el resto de sus días, sin dar golpe.

Sonaron algunas risas complacidas. Alguien destapó una botella.

—¡A la salud de la reina de Dosk'Ol! —brindó Rowney—. Kit, vamos llena el plato de su majestad.

—No es cosa que deba ser echada a broma —dijo la aludida—. Un día, algunos tendrán que tratarme exactamente como tú acabas de hacerla. Y aceptarán mis condiciones tragándose su orgullo, o tendrán que marcharse con el rabo entre piernas.

—¿Quiénes, Vanessa?

—Lucas, no seas demasiado curioso. Procura ser más discreto y te resultará muy beneficioso.

Rowney lanzó una suave carcajada. Aquella risa, de tonos cínicos, expresaba bien a las claras cuál era la catadura del personaje.

York decidió no seguir escuchando más. Vanessa estaría todavía un buen rato con aquellos forajidos. Debía aprovechar la ocasión.

La joven y su acólito habían llegado en sendos propulsores individuales. York no los tocó siquiera, ya que su falta habría provocado la alarma entre los componentes del grupo. Lenta y cautelosamente, se alejó del barracón dirigiéndose a una gran tienda de campaña, bajo la que suponía se hallaba los pertrechos y herramientas que necesitaban los terrestres.

Había una pequeña lámpara colgada de uno de los dos postes que sustentaban la lona. York examinó rápidamente los materiales.

Lo primero que hizo fue apartar dos propulsores individuales, cuya carga estaba completa. Los sacó fuera, dejándolos al lado opuesto de la tienda de campaña, de modo que no pudieran ser vistos desde el barracón de alojamiento, caso de que alguien saliera inopinadamente.

Volvió a continuación y examinó atentamente todos los pertrechos. De pronto, encontró lo que buscaba.

Sonrió satisfecho. Era un detonador de relojería, que también podía ser activado mediante una señal de radio. Puesto que no disponía de transmisor, decidió emplear el método más antiguo, pero también seguro, de marcar una hora determinada en el reloj del mecanismo.

Sigilosamente, se deslizó hasta la torre de lanzamiento. Las doce últimas bombas térmicas, cada una de ellas con la potencia suficiente para hacer hervir un kilómetro cúbico de agua, se encontraban al pie de la torre, junto a los ascensores.

—Mucho dinero se gastó la Galaxy... —murmuró York, contemplando la fenomenal instalación que, además, había debido costar también una enorme cantidad de tiempo y de trabajo. Todo aquello no había sido montado en un día ni transportado en una sola nave, pero, ¿quién iba a vigilar la llegada de una espacionave en un planeta poco menos que deshabitado?

Ajustó la explosión para tres horas más tarde. Era duro tener que actuar de aquel modo, pero media docena de desalmados planeaban la muerte de varios miles.

La elección, por tanto, no era dudosa.

Regresó de nuevo a la tienda de campaña y cargó con los dos propulsores. Eran incómodos de llevar, aunque no excesivamente pesados. Aun así, no podía arriesgarse a volar en uno, llevando el otro en las manos; el tenue silbido de los mecanismos podía alertar a Rowney y a sus hombres.

En el barracón se oían todavía voces alegres, risas y tintineo de copas. York llegó junto a Viloth, justo cuando sonaba la voz de Vanessa:

—Nos veremos pronto otra vez, Lucas.

—Descuide, majestad —rió el aludido.

Vanessa y Miller se elevaron en el aire a los pocos momentos.

Alguien, en el interior del barracón, llamó a Rowney.

—¡Lucas, ven a echar otro trago!

—De mil amores, Kit Verli.

York se puso en pie.

—Viloth, es hora de que regresemos —dijo—. ¿Podrás con uno de estos aparatos?

—No somos muy altos, pero sí fuertes —contestó el pigmeo orgullosamente.

Caminaron durante un par de horas. Luego, York se detuvo junto a un roquedal, que formaba una especie de barrera natural. Calculó que habían recorrido de ocho a diez kilómetros, distancia más que suficiente para hallarse a salvo.

—¿Por qué nos paramos? —se extrañó Viloth—. Yo no estoy cansado...

—Espera un poco, no tenemos tanta prisa —sonrió el terrestre.

Algo más de media hora después, se encendió en el horizonte un vivo resplandor.

Viloth contempló asombrado el fenómeno. La luz alcanzó enormes proporciones, barriendo la noche de tal modo, que parecía como si hubiese nacido un nuevo sol a ras del suelo. El fragor de las explosiones no resultó demasiado intenso ni la tierra tembló apenas.

La bola de fuego permaneció ardiendo durante larguísimo tiempo. A poco, York y su acompañante, sintieron la onda de calor. Durante unos minutos, York llegó a temer por su propia seguridad y pensó que quizá se habían detenido demasiado cerca, pero al no sentir aumento de la temperatura, supo que se hallaban a salvo.

No obstante, las temperaturas elevadas iban a persistir durante largo rato y la estancia en aquel lugar se hacía altamente incómoda.

—Sigamos. Viloth —dijo.

—De acuerdo, pero me gustaría saber qué era esa luz —solicitó el nativo.

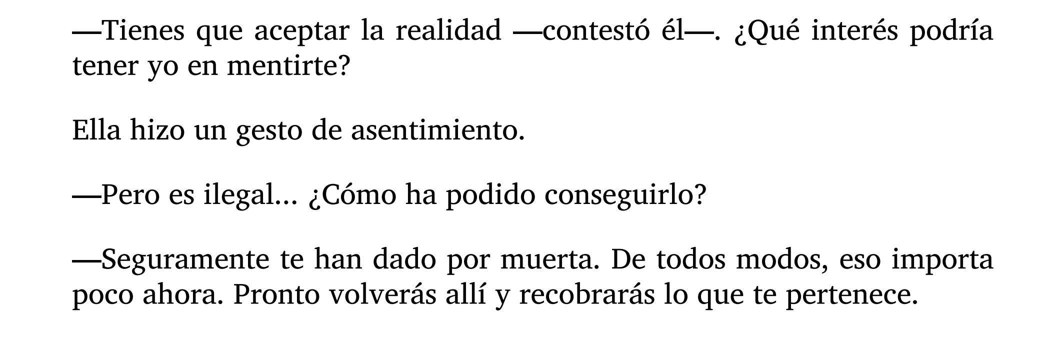
York volvió la cabeza un momento y contempló el vivísimo resplandor, que parecía— como si el sol, al salir en el nuevo día, se hubiese detenido en el horizonte, enseñando solamente la mitad de su disco ígneo.

—Eso que ves es la salvación de todo tu pueblo... —contestó.

CAPÍTULO X

Melphys no acababa de dar crédito a las palabras del terrestre.

—Me parece imposible... Esa mujer no puede ser la reina de Dosk'Ol —exclamó, después de que York le hubo informado de los resultados de la expedición.



—Tienes que aceptar la realidad —contestó él—. ¿Qué interés podría tener yo en mentirte?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Pero es ilegal... ¿Cómo ha podido conseguirlo?

—Seguramente te han dado por muerta. De todos modos, eso importa poco ahora. Pronto volverás allí y recobrarás lo que te pertenece.

—Haré que los expulsen. Cancelaré todos los contratos con esa compañía y, para lo sucesivo, les prohibiré el establecimiento de puestos comerciales —dijo Melphys, con ojos brillantes de indignación.

—Nadie podrá discutir esa decisión —repuso él—. Y, además, muy pronto podrás enfrentarte con ella.

—¿Cuándo?

York sonrió.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Perfectamente. Ya te dije que, incluso, me siento mejor que antes de caer enferma. No quiero que sigas considerándome más como una inválida. Ha pasado ya mucho tiempo desde que salimos de mi pueblo en un carro.

York contempló a la joven con mirada crítica, recorriendo su esbelto cuerpo de pies a cabeza.

—Sí, ahora estás completamente bien —sonrió.

Melphys dio un paso hacia él. Su pecho rozaba el del terrestre.

—Soy una mujer —murmuró.

—La reina de Dosk'Ol...

—Una mujer. Ese título me gusta más que el otro.

De pronto, los brazos de Melphys, suavemente dorados, se elevaron para ceñir el cuerpo del terrestre.

—Te debo la vida —murmuró.

—Ah, sientes gratitud...

—y algo más, Armin. No haría esto solamente por agradecimiento. Pero no pienses en mí como reina.

York sonrió. Estaban solos en la cabaña de Viloth. De pronto, sus brazos rodearon la esbelta cintura de la joven. Melphys lanzó un ardiente suspiro.

Vlathia se disponía a entrar en aquel momento.

Apartó ligeramente la cortina de fibra que cubría la entrada pero se retiró en el acto, al presenciar aquella escena.

Viloth estaba a su lado. Ella extendió el brazo.

—No entres ahora —sonrió—. Déjalos.

Viloth emitió una sonrisa comprensiva.

—Es muy justo —musitó.

Al día siguiente, York se dedicó a enseñar a Melphys el manejo del propulsor individual, harto sencillo por otra parte.

El viajero quedaba sujeto por unos arneses a la armazón del aparato, que le permitía volar sentado con toda comodidad. Bajo el asiento estaban los depósitos de carga. Los propulsores quedaban a la espalda, sobresaliendo ligeramente por encima de la cabeza. La barra de mando pasaba por encima del hombro izquierdo y se manejaba can una sola mano.

La elevación de la barra con respecto a la horizontal era de unos 15°. Bastaba bajarla un poco para que el aparato se elevase al mismo tiempo que avanzaba. Según el ángulo de inclinación hacia abajo, así se ganaba altura y velocidad y cuando se había conseguido el nivel necesario, bastaba apretar una tecla de la empuñadura, con el pulgar, para mantener el nivel, aunque se bajase más todavía la barra, a fin de aumentar la velocidad. En cuanto a los movimientos de giro, se hacían con simples movimientos de la barra a derecha o izquierda, según fuese la nueva dirección que se deseaba adoptar.

En un par de sesiones, Melphys adquirió la práctica suficiente para volar sin dificultad.

—Esto nos permitirá llegar en una jornada no muy larga a tu pueblo.

—¿Tan corto será el viaje? —se asombró ella.

—Vanessa lo hizo de ida y vuelta en un solo día —contestó él—. Saldremos mañana, al amanecer.

Pero aquella misma tarde llegaron dos terrestres, volando en sendos propulsores individuales.

* * *

La llegada de los extranjeros motivó un gran alboroto. York estaba en el interior de la choza y se asomó rápidamente, a tiempo de ver el descenso de los recién llegados, a cuyo encuentro se encaminó el nuevo jefe, que ahora era Viloth.

Los terrestres se detuvieron en la explanada inferior.

York abandonó la cabaña inmediatamente y buscó el camino que conducía a la parte baja. Había un gran movimiento de gente y confió en que los recién llegados no se fijaran en él.

Cuando alcanzó el terreno llano, los dos hombres discutían ásperamente con Viloth. York los reconoció —al instante: eran Lino Silani y Charlie Reagan, dos de los más fieles secuaces, con Ted Miller, de Vanessa Reid.

—No sabemos nada de lo que ha pasado allá arriba —decía Viloth—. Y si tus amigos han muerto, no es cosa que nosotros, los «dusk», debamos lamentar. Fingieron amistad, pero lo único que querían era arrebatamos nuestra independencia. Esas piedras verdes no tienen para nosotros ningún valor, salvo el sentimental. Pero ni siquiera aunque el suelo estuviese formado exclusivamente por esas piedras aceptaríamos el trato que proponéis.

Silani se volvió hacia su acompañante.

—El chico es terco —comentó, cínico—. ¿Qué te parece si le diéramos una lección?

Reagan sacó su pistola térmica.

—De acuerdo —contestó—. ¿Cómo y a quién?

Silani señaló a una mujer que caminaba a cincuenta pasos, con un haz de cañas en las manos.

—«Allí», por ejemplo —indicó—. Jefe Viloth, vamos a demostrarte que somos los más fuertes y los más poderosos. Después de que veas lo que va a hacer mi compañero, aceptarás sin duda las condiciones del trato.

Viloth apretó las mandíbulas, Reagan alzó la mano y apuntó cuidadosamente.

Pero antes de que apretase el botón de descarga, sonó una voz:

—En su lugar, yo no lo haría, Charlie.

Silani se estremeció terriblemente al oír aquellas palabras. Reagan abrió la boca estúpidamente, no menos atónito que su compañero.

Pero de súbito, Reagan se volvió velozmente, a la vez que apretaba el disparador. York, sin embargo, intuyendo su movimiento y se echó al suelo.

La descarga incendió una cabaña de forma instantánea. Reagan no tuvo tiempo de disparar por segunda vez.

Tampoco York pudo hacerlo. Un corto venablo, de hoja muy delgada, pero agudísima, voló por los aires y atravesó de parte a parte el cuerpo del sujeto.

Reagan lanzó un horrible alarido. Soltó la pistola y agarró con ambas manos el astil del venablo. Incluso, con un tremendo esfuerzo, consiguió arrancárselo, lo que provocó la salida de dos chorros de sangre en el pecho y espalda. Pero un segundo después, se desplomó de bruces, pataleando convulsivamente.

Segundos después, yacía inmóvil, en medio de un charco de sangre que la tierra absorbía lentamente. Silani, paralizado por el horror, no tenía fuerzas para articular siquiera una sola palabra.

York avanzó hacia el sujeto.

—Sospecho que has perdido el viaje —dijo. Silani tragó saliva.

—Ese... ese hombre interpretó mal mi... mis palabras... Yo... yo sólo quería...

La cólera se había ido acumulando lentamente en el ánimo de York, a

lo largo de muchos meses. Sin poder contenerse, alzó la mano y golpeó de revés la cara del esbirro.

Silani cayó de espaldas, lanzando un aullido de rabia. Ciego de ira quiso sacar su pistola, pero un pie oprimió fuertemente su muñeca.

—Quieto, Lino —dijo York—. Todavía tienes una posibilidad de vivir.

Viloth corrió hacia los dos hombres, con un segundo venablo en la mano.

—¿Lo mato? —consultó.

York extendió el brazo.

—Dame —pidió.

El venablo pasó a su poder.

—Lino, ponte en pie —ordenó.

El sujeto obedeció, lívido de miedo. Había llegado como vencedor y ahora se sentía derrotado irremisiblemente.

Mientras la punta del venablo se apoyaba en su cuello, una mano le despojó de la pistola térmica. Luego, York se apartó un par de pasos.

—Jefe Viloth, lo que vayas a hacer con este hombre es cosa tuya —dijo.

Silani sudaba a chorros.

—Oiga, no irán a matarme... York se encogió de hombros.

— Yo soy aquí solamente un huésped, Viloth el jefe —contestó.

El rostro de Viloth expresaba una enorme severidad.

—Matarte no nos dejaría mejor de lo que estamos, aunque lo tienes bien merecido —declaró—. Pero te vamos a demostrar que no eres más que ninguno de nosotros, sino todo lo contrario. Te quedarás aquí y trabajarás para nosotros. Siempre habrá alguien vigilándote, aunque te parezca que estás solo. Si intentas escapar, no faltarán nunca una flecha o un venablo que serán siempre más veloces que tú.

—¿Qué... qué significa eso? —preguntó Silani, aterrado.

—¿No te sientes capaz de comprenderlo? —dijo York, irónico.

—Me... me condenan a ser… esclavo...

—Algo por el estilo. Y no sé por qué, me parece que vas a cribar mucha tierra, pero no disfrutarás siquiera de una sola esmeralda.

Viloth asintió.

—Así será —confirmó.

Movió una mano. Cinco o seis ducks saltaron sobre el sujeto y se lo llevaron casi en volandas, sin hacer el menor caso de sus gritos e improperios.

Viloth tendió una mano hacia el terrestre.

—Te damos las gracias —dijo sencillamente. Vlathia avanzó hacia la pareja.

—Esposo mío, Armin es uno más de los nuestros —dijo—. ¿Por qué no hacemos esta noche la fiesta de bienvenida?

Viloth sonrió.

—Él y su mujer se convertirán esta noche en duks.

—Una fiesta de bienvenida —repitió York, atónito.

—Es la misma que se celebra en una familia, cuando nace un nuevo miembro. Esta noche nacerán dos nuevos miembros en la familia de los duks —dijo el jefe con toda solemnidad.

York se volvió. Melphys estaba a unos pasos de distancia y sonreía dulcemente.

Avanzó hacia ella y tomó su mano.

—Vamos a nacer esta noche —sonrió.

—Sí, pero creo que yo nací realmente el día en que entraste en mi casa por primera vez —murmuró la joven.

* * *

La fiesta retrasó su partida en un día entero, ya que duró prácticamente toda la noche. Al fin, al amanecer del segundo día, York y Melphys se sentaron en los asientos de sus respectivos propulsores individuales.

Millares de duks, se agitaron sus brazos en señal de despedida. York y la joven se elevaron lentamente en el aire. Luego, poco a poco, ganaron altura y velocidad y perdieron de vista el pueblo de los pigmeos.

Volaban a unos sesenta kilómetros por hora, sin demasiada prisa. A los treinta minutos, avistaron las montañas de la zona donde se hallaba el géiser gigantesco.

Frente a la boca de la cueva, había una extensísima zona ennegrecida, calcinada por completo. Todas las instalaciones habían desaparecido de una manera absoluta, convertidas en vapor por el espantoso calor provocado por la deflagración de las bombas térmicas. Rowney y los suyos, pensó York, habrían muerto sin enterarse de lo que les sucedía,

Era duro pensar en ello, pero también debía considerar que el pueblo de los duks había sido salvado de la destrucción total. Viloth iniciaría una campaña, con la mayor parte de los varones, para restablecer el antiguo cauce de las aguas. La vida de unos desalmados, ávidos de obtener beneficios a toda costa, no podía compararse siquiera con la de unos seres sencillos y pacíficos, que vivían felices careciendo de ambiciones. No, no debía sentir remordimiento por lo que había hecho.

Continuaron volando, Cerca del mediodía hicieron un pequeño alto para tomar algo de alimento, de las provisiones que habían llevado consigo. Estaban a la orilla de un arroyo, y el tiempo era excelente, lo que aprovecharon para darse un buen baño.

Tras el descanso, reanudaron el vuelo, siguiendo el curso del río, muy caudaloso en aquellos parajes, aunque de escasa corriente y, en algunos puntos, con bastante profundidad, De pronto, cuando menos podían esperar nada semejante, vieron un grupo de hombres que volaban rápidamente en dirección contraria, todos ellos sobre sus propulsores individuales.

York refrenó la marcha de inmediato.

—Melpyhs, sitúate detrás de mí —gritó. Ella maniobró para cumplir la

orden.

—¿Temes algo? —preguntó, aprensiva.

—Parece que Vanessa cuenta con más gente de la que pensábamos —respondió él, muy preocupado—. Siempre me pareció ambiciosa, aunque no creí que pudiera llegar a tales extremos.

Los terrestres se les acercaron rápidamente. York aprestó su pistola térmica. Al mirar hacia abajo, vio el río a unos doce o catorce metros de distancia. Pero inmediatamente volvió su atención hacia los recién llegados.

—Hola —dijo el que parecía ser el jefe—. ¿Van hacia allí?

—Sí —contestó York.

—Ustedes son nuevos por esta zona.

—Así es.

York se dio cuenta en el acto de que los nuevos eran los que tenía frente a sí. Ninguno de ellos le conocía a él ni mucho menos a Melphys. Debían de haber llegado después de su partida del poblado doskolita, supuso.

—Me llamo Robinson —dijo el hombre.

—Mucho gusto, Robinson —contestó York.

—Todavía no me ha dicho su nombre.

—No le interesa.

Robinson frunció el ceño.

—No es usted muy educado, que digamos... —se quejó.

—Sí, soy bastante grosero —admitió el joven sin inmutarse.

—¿Esa chica es su esposa?

—Sí.

—Una nativa muy guapa.

—Gracias.

—Bueno, nosotros tenemos que seguir. Encantado de haberles conocido, aunque me marche sin conocer su nombre —dijo Robinson.

—Ustedes viajan hacia el sur —exclamó York.

—Así es. ¿Quién se lo ha dicho?

—Tal vez un pajarito. Se dirigen hacia el pueblo pigmeo, ¿no es verdad?

—Oiga, ¿a qué vienen tantas preguntas? —se sulfuró.

La pistola de York salió a relucir, antes de que ninguno de los cuatro hombres pudiera hacer el menor movimiento.

—Lo siento —dijo el joven—. No van a ir al pueblo pigmeo.

CAPÍTULO XI

Hubo un movimiento de unánime sorpresa entre los cuatro individuos. Robinson abrió la boca, intentando protestar.

—No diga nada —cortó York tajante—. Extiendan el brazo derecho y sepárenlo por completo del cuerpo. Mataré al primero que desobedezca esta orden.

Los cuatro esbirros conocían perfectamente el tipo de arma que les amenazaba y sus devastadores efectos. Ninguno de ellos intentó oponer la menor resistencia.

—Ahora desciendan con cuidada a la orilla. Sin bajar el brazo, recuérdenlo.

Rechinando los dientes de rabia, Robinson y sus tres acompañantes se vieron obligados a obedecer. York les siguió a cuatro o cinco metros de distancia, aunque no llegó a tocar tierra.

—¡Dejen los propulsores!

Cuatro hombres se irguieron en el acto. York movió la mano armada.

—Sepárense una docena de pasos.

—Oiga, ¿qué diablos pretende hacer? —chilló Robinson.

York le miró fríamente.

—Sé cuáles son sus intenciones... —manifestó—. No pienso consentir que mis amigos, los pigmeos, sufran el menor daño.

—Pero si nos deja aquí...

—Todos tienen las piernas en excelentes condiciones. Ah, me había olvidado. Soy Armin York. Ella es Melphys, la auténtica reina de Dosk'Ol.

Robinson se quedó atónito.

—¡Eso es mentira! Están muertos...

—¿De veras? —sonrió el joven—. Yo diría que esa especie es una invención de Vanessa Reid. Pero no discutiré más el asunto con ustedes. Y, otra cosa: Charlie Reagan ha muerto y Silani ha sido condenado a esclavitud perpetua en el pueblo de los duks.

Se oyó una interjección de cólera. York hizo el primer disparo y destruyó uno de los propulsores.

Segundos después, los cuatro aparatos eran un montón de chatarra al rojo vivo. Las armas de Robinson y sus compinches fueron a parar a lo más profundo del río.

—Pueden bucear, si lo desean, aunque me parece que esos chismes no servirán ya para nada —sonrió York, al mismo tiempo que empezaba a ganar altura nuevamente.

Robinson, furioso, agarró una piedra y se la tiró, pero York esquivó el proyectil con un hábil movimiento de la palanca de control. Luego maniobró para ganar altura y velocidad.

—¡Vámonos, Melphys!

En pocos minutos perdieron de vista a Robinson y sus despechados secuaces. York sabía que pasarían días y días y tal vez semanas antes de que pudieran regresar al poblado.

Para entonces, ya habrían dejado de constituir una amenaza. Y Vanessa había sufrido una serie considerable de bajas entre su

personal, con lo que la lucha sería más equilibrada… si las circunstancias lo hacían inevitable.

* * *

Al atardecer, avistaron el poblado.

Melphys sintió una viva emoción al ver de nuevo el lugar en que había nacido y vivido y del que faltaba hacía más de año y medio. York, prudente, se acercó volando a ras del suelo, a fin de evitar ser visto antes de tiempo.

Los propulsores se detuvieron en una colina situada a unos quinientos metros del poblado. York y Melphys contemplaron con no poco asombro los cambios que se habían operado en el panorama en el tiempo que había durado su ausencia.

Había más cabañas, pero también edificios prefabricados, construidos en la Tierra. Al otro lado del río, a unos mil metros, toda la ladera de una colina aparecía completamente descarnada. Parada en aquel momento, se veía una gigantesca máquina, cuya utilidad adivinó York bien pronto.

—¿Qué es aquel aparato? —preguntó la muchacha.

—Extrae la tierra, tritura y criba, todo en una serie de operaciones realizadas automáticamente. Un detector especial separa los metales de lo que es roca y arena.

—De allí obteníamos nosotros el oro…

—Exactamente, sólo que a Vanessa le parecía muy poco el que conseguía en sus intercambios. Pero los yacimientos de brillantes no están allí.

—Claro que no. Se encuentran a una jornada de marcha…

York meditó unos momentos.

—Melphys, me parece que hoy no volveremos a tu poblado —dijo—. Lo mejor será que nos alejemos sin ser vistos.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Ven —dijo el joven, tirando de su mano.

Los propulsores individuales funcionaron de nuevo poco después. York procuraba volar rozando la tierra. Al hacerse de noche, eligió un sitio para acampar. Melphys quería conocer sus intenciones.

—¿Sabrías guiarme tú al yacimiento de piedras brilIantes? —preguntó él—. ¿Aunque fuese de noche?

—Creo que si...

— Melphys, tú quieres a los tuyos.

—Eso no se duda siquiera —protestó ella—. Pero lo dejaría todo por seguirte a ti.

York sonrió, a la vez que la atraía tiernamente hacia su pecho.

—Conforta mucho oír hablar así —dijo—. Verás, aunque me gustaba mucho mi oficio, más todavía que estudiar medicina, siempre pensaba en que un día encontraría un lugar apacible donde establecerme definitivamente...

—Pero no solo —sonrió ella.

—Por supuesto, sólo que me faltaba encontrar la mujer adecuada.

—Me parece que la conozco —dijo Melphys maliciosamente.

—Sí, está entre mis brazos. Como iba diciendo, yo quería establecerme definitivamente y dejar de vagar por el espacio..., aunque no me disgustará viajar alguna vez a mi planeta natal. Pero tu tierra me gusta mucho y apenas abrí mi almacén, pensé que había encontrado el sitio que tanto deseaba.

—Solo te faltaba la mujer.

—No tenía prisa. Era preciso elegir bien, a fin de evitar equivocaciones en el futuro. Bueno, entonces, pasó... lo que pasó y empezaron las complicaciones, que, me parece, están a punto de acabar.

—¿Lo crees así?

—Estoy moderadamente seguro de ello, Melphys. Bien, será mejor que descansemos un poco, hemos de volar al yacimiento antes de que sea de día.

—Está muy lejos...

—Viajando a pie, desde luego. Pero con los propulsores podemos llegar allí en menos de una hora.

Melphys levantó la vista al cielo.

—Pasada la media noche saldrán los tres satélites.

—Estupendo. Así tendremos luz para viajar sin dificultades.

Reanudaron el viaje, después de unas horas de sueño. Los tres satélites, muy juntos, despedían la luz suficiente para evitar errores en el rumbo. Eran pequeñas esferas, que juntas no habrían alcanzado el volumen de la Luna terrestre, pero el resplandor que arrojaban resultaba bastante para alcanzar el objetivo sin dificultades.

Antes de una hora avistaron una masa oscura al pie de lo que parecía una enorme cantera. York refrenó la marcha de su propulsor y lo mantuvo inmóvil, a unos cien metros de las instalaciones mineras.

—Otra trituradora —murmuró.

—Así se gana más tiempo, ¿no es cierto?

—Esa máquina podría pulverizar la montaña en menos de tres meses. Vanessa debe de estar sacando los diamantes por kilos.

—Entonces, debe de ser ya una mujer riquísima...

—Sí, pero ¿por qué diablos lo hace?

—¿No te lo imaginas?

—Muy vagamente. El interés, por supuesto, es el motor principal de sus acciones. Pero no tendría sentido casarse con Nabo, para conseguir proclamarse reina de Dosk'Ol. ¿Cuáles son sus proyectos auténticos?

—Armin, ¿por qué no declaras los tuyos de una vez, para que yo los conozca?

York rió suavemente.

—Tienes razón —dijo—. Melphys, sigues siendo reina de Dosk'Ol. ¿Me das permiso para destruir esa máquina?

—Sí. Ha sido importada e instalada sin mi autorización.

—Gracias, es todo lo que quería saber. Quédate aquí, por favor.

—Ten cuidado, Armin.

—No te preocupes.

York se elevó ligeramente del suelo y avanzó hacia las inmediaciones de la trituradora, una máquina colosal que se alzaba a veinte metros del suelo. A la derecha se veía un barracón, indudablemente el alojamiento de los operarios que manejaban el enorme artefacto.

York dio una vuelta completa en torno a la trituradora. Luego, separándose unos cincuenta metros, envió una descarga térmica hacia el generador de fuerza.

Se oyó un sordo ruido. Un chorro de fuego brotó en el acto de la base de la máquina. York evolucionó hasta situarse a retaguardia del barracón.

De pronto, sonaron unos gritos de alarma:

—¡Fuego, fuego!

—¡El generador de la trituradora está ardiendo!

—¡Los extintores, pronto!

Media docena de hombres, a medio vestir, salieron a todo correr del barracón. York observó que se movían con absoluto desconcierto.

—¡Tú, avisa a la central! —gritó uno—. Cuéntales lo que pasa y pide refuerzos...

De pronto, York empezó a disparar contra el barracón.

Dardos de luz brotaban del cañón de su pistola, convirtiéndose luego en descargas de altísima temperatura. El metal se fundió y las ropas empezaron a arder, junto con otros materiales.

De pronto se produjeron varios chispazos de enorme intensidad. York comprendió que las pistolas térmicas hacían explosión.

—¡La radio! ¡Nos atacan! —gritó uno.

—¡Imbécil! —contestó el que parecía ser jefe—. Se quedó ahí adentro...

York sonrió mientras se alejaba raudamente. Sin armas, sin radio, los operarios de la trituradora no sólo no podrían contraatacar, sino ni siquiera pedir refuerzos a la central que, a no dudar, se refería al lugar donde Vanessa Reid tenía su alojamiento.

Minutos después, se reunía con Melphys.

—Ya está —dijo.

—Los vas a arruinar —contestó ella.

—¿No era eso lo que tú querías? ¿No se lo tienen merecido?

Melphys asintió.

—Y más todavía —añadió—. En cuanto regrese, ordenaré que les retengan como prisioneros, hasta que aterrice una nave terrestre. Entonces, los expulsaré de Dosk'OI para siempre.

—Tú eres la reina y puedes hacerlo. ¿Vamos? Alzaron el vuelo de nuevo. Antes de una hora, avistaron el poblado nuevamente.

Arriba, en las alturas, brilló un chispazo metálico.

York lo vio de reojo, aunque no le concedió importancia por el momento.

—Creo que debemos aguardar a que amanezca —dijo. Melphys se mostró conforme con la proposición. Buscaron un lugar cómodo y se sentaron a esperar la llegada del nuevo día.

* * *

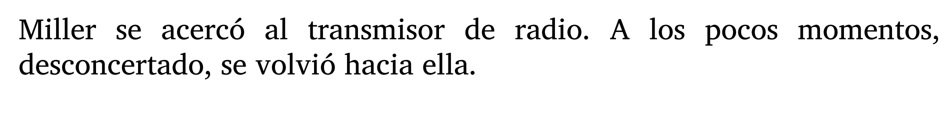
Vanessa Reid hojeó unos papeles y torció el gesto.

—Esto no marcha como debiera —murmuró, quejosa—. ¡Ted!

—¿Sí? —contestó Miller.

—Llama a Hellis. Pregúntale por el resultado de las operaciones de la última semana.

—Muy bien.


Miller se acercó al transmisor de radio. A los pocos momentos, desconcertado, se volvió hacia ella.

—Vanessa, no me contestan —dijo.

—Insiste. Quizá estén dormidos. Hellis y los suyos no son demasiado madrugadores. Vaya tener que darles una buena reprimenda.

Un hombre se asomó en aquel instante.

—Vanessa...

Ella miró fríamente al nativo.

—Nabo, ¿cuántas veces he de decirte que no me molestes cuando estoy trabajando? —dijo con acento despectivo.

—Pero... esta noche no has venido a tu casa...

Junto al aparato de radio, Miller lanzó una risita burlona.

—¡No te rías, Ted! —dijo Vanessa, muy irritada—. Anda, Nobo, déjame en paz. Esta noche dormiré en casa.

—Bien, si tú lo dices...

El nativo se retiró. Ella meneó la cabeza.

—Pobre idiota —murmuró.

—¿Cuándo te quedas viuda? —preguntó Miller sardónicamente.

—Cállate, estúpido. ¿Es que no haces nada para habar con Hellis?

—No me contestan, ya te lo he dicho. Tendré que ir a verlos personalmente —rezongó Miller.

—Y no tenemos noticias de Silani ni sabemos nada de Robinson —dijo Vanessa, muy preocupada—. Ted, ¿qué demonios pasa aquí? Las cosas no salen como esperábamos. Todo parecía ir muy bien, pero, de repente, han empezado a torcerse. ¿Por qué?

Miller no pudo decir nada. Un terrestre se asomó en aquel momento.

—Llega una astronave, señorita Reid —informó.

En el mismo instante, se oyó fuera un atronador griterío. Decenas de

voces pronunciaron un nombre al mismo tiempo:

—¡Melphys! ¡Melphys!

Vanessa oyó aquellas voces y se puso pálida.

CAPÍTULO XII

Miller se precipitó fuera de la casa. Vanesa, tras una ligera vacilación, salió también.

Los ojos de la joven centellearon de rabia. Allí, a menos de cien pasos de distancia, aclamada por la gente, Melphys, con su mano en la de York, avanzaba hacia el poblado, contestando con los gestos y la sonrisa a las salutaciones de los doskolitas.

—Está viva —dijo Miller.

—Imposible. Tenía que haber muerto ya... Su enfermedad era incurable. Pudo mejorar momentáneamente, según contaron los hombres de Michels que la vieron, pero no podía salvarse...

—Pues ahí la tienes, tan sana como una fruta recién cogida del árbol. Y además, está guapísima.

—Ted, si no cierras el pico... —gritó ella descompuestamente.

Casi de repente, Melphys y York se detuvieron frente a la pareja.

—Tengo que darte malas noticias, Vanessa —dijo el joven.

Vanessa se irguió.

—Veo que has conseguido curar a Melphys —exclamó—. Te felicito.

—Muchas gracias —sonrió York—. Claro que también ha tenido un poco de suerte, porque tú no te fiabas de ciertos bacilos que causaron en ella una enfermedad muy poco común en Dosk'Ol. Pero ahora creo que casi querías deshacerte más de mí que de ella. Sin mí, y no es inmodestia, Melphys hubiera terminado por sucumbir inexorablemente. Y hasta llegaste a creer que estaba muerta, porque te

proclamaste reina de Dosk'Ol, mediante tu matrimonio con Nabo.

—Nabo se enamoró de mí y yo de él. Nos casamos, eso es todo. Era el único pariente de Melphys, de modo que le correspondía ocupar el cargo. Fue una acción aceptada por el pueblo doskolita.

—Tolerada, estaría mejor dicho —rectificó York irónicamente—. ¿Como te encuentras, Ted Miller? ¿Empiezan a esfumarse tus sueños de riqueza?

El gigante hinchó el pecho.

—Todavía puedo dar mucha guerra —contestó orgullosamente.

—Es probable que sí, aunque lo dudo mucho. De todos modos, Melphys tiene algo que deciros.

La muchacha avanzó un paso.

—Os acuso de haber querido asesinarme, mediante la inoculación de una enfermedad que podía haber resultado mortal, de no haber sido por el hombre que me acompaña. Os acuso también de haber intentado asesinarme por medios violentos en dos ocasiones. Os acuso de haber querido exterminar el pueblo duks, varios de cuyos miembros murieron por culpa vuestra. Por todo ello, os declaro prisioneros hasta que llegue una nave de la Tierra y se os lleve de aquí para siempre, confiscando, además, todos vuestros bienes, de los que no os dejaremos sino las ropas que os cubren. Esa es mi decisión y nada la hará cambiar.

Vanessa se quedó estupefacta al oír aquellas palabras. Miller hizo un gesto de cólera, pero se contuvo al ver moverse algunos venablos.

—Melphys —dijo Vanessa—, permíteme que te explique...

—No. Habla tú ahora, Armin.

—Sí, yo también tengo que decir algo —convino York tranquilamente —. Tal vez, Vanessa, ignorabas que yo había estudiado Medicina y que sabía lo suficiente para advertir que la enfermedad de Melphys no era sino una simple tuberculosis, poco menos que fatal en este lugar, y dadas las condiciones de su organismo. Aquí, en Dosk'OI, existía la leyenda de que esa enfermedad podía curarse con la flor de los Montes Blancos.

»Todo el mundo pensaba que se trataba de una infusión hecha con esa

flor, una especie de poción mágica que curaría a Melphys en un abrir y cerrar de ojos. La leyenda, en cierto modo, tenía cierto fundamento. Sí, podía curarse de la forma en que se curaba la enfermedad antiguamente, reposo, alimento sano y abundante clima seco y más bien frío, alejado de este lugar que ya empezaba a hacerse malsano. La flor, en fin, no es sino la «edelweiss» alpina o el «nomeolvides», que sólo crece en sitios muy altos, en la nieve. Pero no era necesaria para que Melphys pudiera curarse. Bastó con una temporada en un sitio alto y alejado de este lugar que empezaba a tornarse mefítico, merced a la presa que habíais construido casi de recién llegados y que empezaba a estancar las aguas. Así y no con un brebaje mágico podía curarse Melphys. Y se curó, como estáis viendo.

—No tienes pruebas de lo que afirmas, Armin —dijo Vanessa, no sin gran esfuerzo.

—Querida, éste no es un tribunal donde hayan de presentarse pruebas al estilo terrestre. Aquí, en Dosk'Ol, basta con la palabra del que acusa y del que se defiende. Y tanto tú como Miller sabéis que lo que he dicho es absolutamente cierto. La enfermedad de Melphys fue provocada.

—Para ocupar mi puesto —añadió la aludida. Miller se encogió de hombros.

—Bien..., si sólo se trata de que abandonemos Dosk'Ol...

—Aguarda un poco, Ted —dijo York—. Hay todavía unos cuantos puntos que deben ser tratados. Por supuesto, la sentencia es de expulsión y no alzaré un solo dedo para modificarla, en favor o en contra vuestra. Pero queda en pie la muerte de Ee'Ea. ¿Quién lo hizo?

—Silani —contestó Miller instantáneamente. York se echó a reír.

—Algún día lo dirá, si es que puede. Lino ha quedado condenado a esclavitud perpetua en el pueblo pigmeo. No habrá esmeraldas para vosotros.

Vanessa se puso lívida.

—¿Como lo sabes? —gritó.

—Hemos destruido todas las bombas térmicas, con las que se pensaba provocar por segunda vez y anticipadamente la salida del géiser gigante, que originaría la inundación que debía arrasar el pueblo de los duks. Rowney y cuantos estaban con él, murieron

instantáneamente.

Vanessa se tambaleó.

—Pero todavía hay más —siguió York, implacable—. Robinson y sus tres compinches fueron sorprendidos a mitad de camino. Les quitamos los propulsores individuales y los destruimos. Ahora, esos cuatro hombres están aislados, inermes, a varios días de distancia de este lugar. Ya no podrán ayudarte... salvo a hacerte compañía cuando te enviemos de vuelta a la Tierra.

—Armin, un día ajustaremos cuentas tú y yo —dijo Miller, rencorosamente.

—Aguarda un poco, Ted —sonrió el joven—. Todavía no lo sabes todo. Las dos trituradoras, la que estaba en el pueblo pigmeo y la que se hallaba emplazada en el yacimiento de brillantes, han sido destruidas. Todo ese esfuerzo no te ha servido para nada. Y ahora, cuando regreses a la Tierra, tendrás que dar cuenta a la Galaxy de los gastos que has hecho, de los millones que has derrochado. Lo único que podrás hacer es enseñarles las manos vacías.

Sobrevino un momento de silencio. Vanessa tenía el rostro completamente blanco.

De pronto, antes de que nadie pudiera pronunciar una palabra, se oyó una voz:

—No creo que sea necesario que la señorita Reíd viaje hasta la Tierra para rendirnos cuentas. Para eso he venido yo aquí, señor York.

* * *

Hubo un movimiento general de sorpresa. Un hombre de mediana edad, seguido por dos que parecían secretarios, apareció por una de las esquinas de la casa.

—Orville Clinton Dougherty, supervisor general de la Galaxy en sus estaciones y puestos comerciales extraterrestres —se presentó—. Mis ayudantes, Hayes y White —señaló a los secretarios.

—¡Dougherty! —exclamó Vanessa.

—El mismo, señorita Reid. Señor York, confieso que he oído la mayor parte de sus acusaciones y que las he encontrado altamente interesantes. Es de suponer que pueda probar todo cuanto ha dicho —añadió Dougherty.

—Estoy a su disposición —contestó el joven llanamente.

—¿Es cierto que ha destruido dos trituradoras nuestras?

—Y grandes cantidades de material, sin contar con las bombas térmicas que iban a servir para la aniquilación de todo un pueblo. Lamento lo ocurrido, pero si ha venido aquí con la esperanza de destituir a Vanessa y conseguir así salvar algo, ha perdido el tiempo. Melphys, reina de Dosk'Ol, ha confiscado todos los bienes de la Galaxy.

—Así es —corroboró la muchacha.

Dougherty no pareció impresionarse por aquellas frases.

—La Galaxy es fuerte y puede soportar sin daño esas pérdidas —dijo —. La empresa teme mucho más a la pérdida de prestigio que puedan causarle agentes venales y corrompidos. Esta historia se hará pública inevitablemente y ese daño sí nos costará mucho de reparar. La mala fama de que suele gozar la Galaxy, muchas veces injustificada, se debe a agentes como la señorita Reid y su ayudante principal el señor Miller. Pero puedo asegurarles que, en nombre de la compañía, acepto cualquier sanción que se imponga a esa pareja. Nuestra política estriba en respetar siempre, escrupulosamente, las leyes de los planetas con los que traficamos.

—Conforta oír hablar así a un representante de la Galaxy —sonrió el joven.

—La mayoría de los miembros del consejo de administración han sido renovados. Entre los que han cesado había algunos tan venales y corrompidos como estos dos. Ahora, la Galaxy, para decirlo gráficamente, ha iniciado un proceso de limpieza y seguiremos hasta el fin, con objeto de que un día podamos recobrar el buen nombre que un montón de desaprensivos nos habían manchado.

—Muchas gracias, señor Dougherty —dijo York—. Melphys, ahora te toca a ti.

—Ya he hablado. Que se los lleven a la nave terrestre.

Una docena de nativos se adelantaron hacia la pareja. De repente, se oyó un agudo grito:

—¡Vanessa! ¡Llévame contigo! ¡No quiero separarme de ti!

Nobo irrumpió violentamente, separando a los hombres armados. Vanessa le dirigió una mirada henchida de desprecio:

—¡Imbécil! —le apostrofó—. ¿Cómo podías soñar siquiera en venir conmigo, maldito saco de basura?

Nobo se quedó helado al oír aquellas palabras. Durante un segundo, sus ojos se abrieron desmesuradamente. Su rostro expresaba un aturdimiento y una incredulidad sin límites.

—Entonces te casaste conmigo… para utilizarme en tus planes.

—¿Acaso pudiste creer otra cosa, idiota? Vámonos, Ted, algún día nos reharemos en otra parte.

—No se ha perdido todo —contestó MilIer cínicamente.

De repente, Vanessa exhaló un grito desgarrador, a la vez que se llevaba ambas manos al pecho.

York vio una mancha roja entre los senos de la joven. Farfullando palabras ininteligibles, Nobo alzó por segunda vez el puñal chorreante de sangre.

Pero no pudo descargar el segundo golpe. A cuatro pasos de distancia, inopinadamente, MilIer disparó una pistola térmica que tenía escondida entre sus ropas.

Nobo ardió instantáneamente.

—Maldito…

La imprecación de MilIer se trocó en un feroz aullido, cuando dos venablos traspasaron su pecho. Momentos después, Vanessa y MilIer yacían en el suelo, cruzados, empapados en la sangre que brotaba de las heridas.

York apartó a Melphys de aquel lugar. Dougherty y sus acompañantes se sentían profundamente impresionados por la tragedia.

* * *

—¿Y bien? —preguntó Melphys sonriendo, poco más tarde—. ¿Estoy ya definitivamente curada?

—Bueno, me gustaría que te hicieran un examen médico a fondo...

—¿Aquí?

York sonrió también.

—Tengo la impresión de que no te desagradaría hacer un viajé a la Tierra —dijo—. Conocer mundos distintos siempre es provechoso.

—¿Cuándo partimos? —preguntó ella, palmoteando alegremente.

—Pues... tendremos que preguntarle a Dougherty...

—¿Hablaban de mí? —sonó de repente la voz del mencionado.

York y la joven se volvieron hacia el terrestre.

—Estábamos pensando en pedirle dos pasajes en su nave —dijo York.

—Queremos ir a la Tierra —añadió ella.

—Por supuesto, después de que nos hayamos casado, según la ley doskolita.

—Ah, habrá una boda —sonrió Dougherty.

—Mañana por la tarde. Después, un gran banquete, bailes... En fin, lo corriente en todas las bodas, cualquiera que sea el lugar en que se celebren.

—Creo que no tendré inconveniente en cederles un camarote en mi nave —dijo Dougherty—. Pero antes querría hablar con ustedes, mejor dicho, con Melphys.

—¿De qué se trata? —preguntó la muchacha.

—Dosk'Ol es un mundo que interesa a la Galaxy. No obstante, queremos ser honestos en los tratos y no excedemos de las costumbres locales. Simplemente, deseamos una nueva autorización para instalar nuestro puesto comercial, que será dirigido por un agente honrado.

—Lo siento. Ya he concedido ese permiso a mi futuro esposo.

—Es que... precisamente, yo pensaba pedir al señor York que dirigiera el puesto comercial —dijo Dougherty—. Ya sé que perdió sus bienes, pero nosotros le indemnizaremos cumplidamente. Y, por supuesto, conociéndole, podremos confiar en él lo suficiente para que dirija el puesto comercial según su criterio. No engañará a los nativos ni defraudará a la Galaxy, estoy seguro de ello.

Melphys se volvió hacia el joven.

—Armin, la respuesta es tuya —dijo.

York reflexionó unos momentos antes de contestar:

—Acepto —dijo al cabo—. Pero aquí no llegarán más mercancías que las que no puedan alterar de una manera sustancial las costumbres nativas. Nada de alcohol ni de trastos inútiles o bagatelas inservibles. En resumen, el viejo sistema de abalorios y cuentas de cristal de colores a cambio de oro, diamantes y esmeraldas... eso es algo que no quiero para Dosk'Ol.

—Entiendo perfectamente —manifestó Dougherty—. Pero, como he dicho, usted tendrá libertad absoluta para dirigir el puesto. ¿Cuándo piensa empezar?

York se volvió hacia la muchacha.

—¿Después del viaje a la Tierra? Será cuestión de tres meses, todo lo más —consultó.

—Aceptado —decidió Melphys. Tendió su mano a Dougherty—. No se arrepentirá de su decisión, créame.

Dougherty se inclinó y besó la mano de la joven.

Ella se puso colorada.

—Pero, Armin...

York se echó a reír.

—Es una vieja costumbre terrestre —explicó—. Tendrás que aprender mucho en la Tierra..., pero yo también he aprendido mucho aquí —añadió evocadoramente

Pasó el brazo en la cintura de la joven y miró a Dougherty.

—Aquí he conseguido aprender dónde se encuentra la verdadera paz —concluyó.

FIN